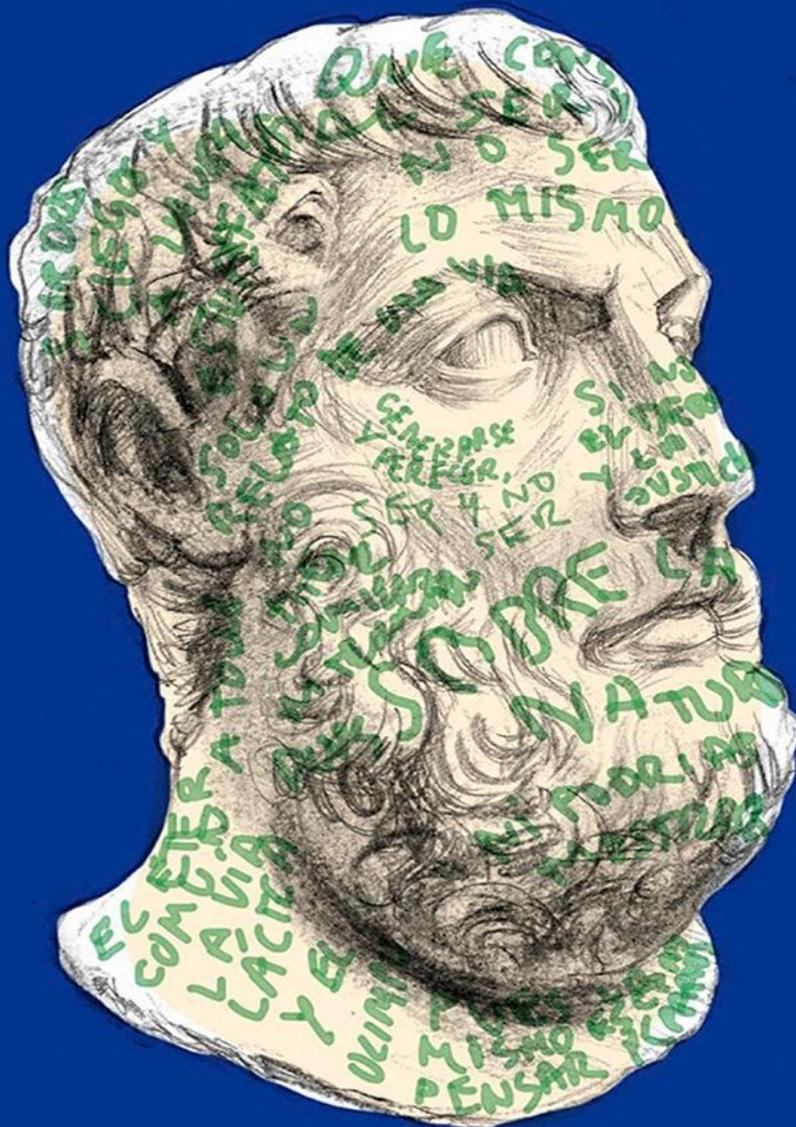


CÉSAR AIRA

Parménides



Haciendo gala de una finísima ironía, Aira nos hace reflexionar en Parménides acerca de cuestiones como el porqué del deseo de escribir o cuál es el pago justo a dicho trabajo, planteando cuestiones fundamentales en torno a la creación y el reconocimiento profesional e intelectual. Parménides, prominente jerarca griego del siglo V a.C., contrata al escritor Perinola para que le ayude a escribir un libro. Un libro indefinido que tiene en mente desde hace ya tiempo pero que no se anima a redactar por desconocimiento técnico. La única pista que Perinola recibe del jerarca es que se obra versará «sobre la naturaleza» y reflejará sus ideas. Las motivaciones de Parménides son muy claras: quiere ver un texto firmado por él, que difunda sus ideas por otras tierras, más allá de su muerte, un libro que, en definitiva, aumente su prestigio y alimente su ego. La relación entre estas dos personas interesadas en la literatura se vuelve intensa e interdependiente. Y así pasan los años, mientras Perinola intenta escribir un libro que probablemente nunca llegará a existir.

Lectulandia

César Aira

Parménides

ePub r1.0

gertdelpozo 02-11-2018

César Aira, 2006

Editor digital: gertdelpozo

ePub base r2.0

Aporte: florenciapropato

más libros en lectulandia.com

Ésta es la historia triste y fatal del escritor Perinola, que vivió a comienzos del siglo quinto antes de Cristo en una colonia griega de la costa italiana del sur. Cuando empezó la historia, aunque ya estaba empezando a dejar de ser joven, era un escritor joven, una «promesa» como suele decirse; no había gran cosa en la que basar la promesa, pero con poco alcanza, y hasta con nada, si lo que se promete es algo tan inverificable como la poesía. En realidad no había escrito casi nada, y lo habían leído menos, pero eso no significaba que la consideración (un tanto ambigua, además) en que lo tenía un puñado de entendidos o supuestos entendidos en poesía careciera de todo fundamento. A veces se dan casos de adivinación social, que suelen entrar en la categoría de profecías autocumplidas. Eso puede deberse a que son tan escasos los escritores buenos que cuando aparece uno, entre mil malos, casi no necesita escribir para que alguien se dé cuenta. Y además está el hecho de que las falsas adivinaciones o las promesas que no se cumplen no se toman en cuenta.

Por minúsculo que fuera este círculo de entendidos, bastó para poner en marcha la historia, pues tuvo que ser alguno de sus miembros el que hiciera llegar, directa o indirectamente, el nombre de Perinola a un prominente jerarca, cuando éste necesitaba los servicios de un escritor, o amanuense, o secretario (no lo tenía muy claro, y no llegó a tenerlo nunca). Este personaje, que se llamaba Parménides, debió de confiar en su informante, porque lo mandó llamar y le ofreció sin más el trabajo, que Perinola, tras una breve vacilación más formal que real, aceptó. Hubo poca reflexión tanto en la oferta como en la aceptación; podría decirse que ambas se hicieron a ciegas. Es cierto que en ese momento preliminar había poca materia para la reflexión. Al joven escritor la decisión le cambió la vida, y no tuvo motivos para arrepentirse de haberla tomado. De todos modos, su vida no cambió tanto como para dejar de ser una vida de escritor. Pero siempre es difícil decir en qué consisten los cambios que sufre la propia vida. Él siguió considerando el «episodio Parménides» como algo marginal a sus intereses profundos, durante los diez años que duró. Pero a la vez, misteriosamente, fue central.

El primer encuentro, en el que se conocieron, tuvo lugar en los augustos salones de la Judicatura. Perinola conocía el edificio de afuera, era parte del paisaje que veía cotidianamente, pero nunca había traspuesto sus pórticos encolumnados, ni había pensado en hacerlo, y en realidad nunca había tenido ningún interés en lo que sucedía adentro; ni siquiera su imaginación, muy proclive como la de todo poeta a internarse en territorios no hollados, había cruzado el umbral de las moradas del Poder, seguramente por no figurar en sus planes ningún tipo de contacto con ese mundo. Sin embargo, alguna elucubración subliminal debía de haber hecho, pues lo que encontró al entrar lo decepcionó, y la decepción no podía obedecer más que a una expectativa previa. Había mucho mármol, mucho bronce, mucho espacio, pero todo de mal gusto y hasta mezquino. No sabía bien con qué lo estaba comparando. ¿Con los palacios

inexistentes de los dioses? ¿Con la Naturaleza? De cualquier modo, fueron impresiones fugaces, de salas vacías con altares adefesios y columnatas mal calculadas y corredores inútiles que atravesaba siguiendo a un esclavo corpulento que lo había esperado en la puerta y lo conducía al sanctasanctórum de su amo. Con el tiempo, Perinola llegaría a conocer bien el sitio, lo mismo que las casas de Parménides, y todo ese ambiente dejaría de tener secretos para él. Entonces, paradójicamente, a la vez que se humanizaría a sus ojos, recuperaría el fasto y la elegancia que había tenido en su fantasía, sin que él lo supiera, el mundo de los ricos y poderosos.

Como le había dicho el esclavo, Parménides lo esperaba. No tuvo que hacer antesala. Era un hombre joven, no debía de llegar a los cuarenta años (Perinola tenía veintinueve), alto y bastante majestuoso, apuesto, con una gran nariz. Algo en el aire indicaba que realmente lo estaba esperando, y hasta con cierta ansiedad. El saludo y la invitación a sentarse lo mostraron un tanto intimidado, como podía esperarse de un personaje de alcurnia recibiendo a un inferior que le era desconocido. Quizá temía mostrarse condescendiente.

Lo primero que le dijo fue que él no entendía nada de poesía, ni estaba al tanto de quiénes la practicaban en la actualidad, motivo por el cual había mandado hacer una somera investigación de la que surgieron dos nombres, que oía por primera vez, tanto uno como el otro. Uno de esos nombres era el de Perinola... Con lo cual quedaba explicado este encuentro. Por el corazón de su joven interlocutor pasó un sentimiento vagamente contradictorio. Debía sentirse halagado de que su nombre lo recomendara, pero al mismo tiempo sentía que la explicación, por innecesaria, lo devaluaba un poco. Si este personaje necesitaba a alguien que lo ayudara en un trabajo intelectual, fuera cual fuera, convocaba a un poeta de cierto prestigio y le ofrecía el empleo. ¿Qué más se necesitaba decir? El relato que acababa de hacerle no significaba nada sino que la fama de Perinola no había llegado a las altas esferas, o, en el mejor de los casos, que en la eminente esfera a la que pertenecía Parménides no se interesaban por la literatura, presumiblemente por considerarla una actividad inútil o intrascendente. Pero quizá era hilar demasiado fino; la declaración de ignorancia de Parménides no debía de tener más intención que poner las cosas en claro, iniciar la relación sin puntos oscuros por menores que fueran, y de paso dejar sentada su posición del que no sabe frente al que sabe. Esa honestidad le gustaba, aunque debió hacer un pequeño esfuerzo para que le gustara en esta ocasión.

Acto seguido hubo un pequeño exceso suplementario de honestidad. Sin que se lo preguntara (se había limitado a asentir, con una sonrisita), Parménides le dijo que el otro nombre que le habían dado era el de Zenón. Otro cabezazo de Perinola, como diciendo «sé quién es». Y había mandado a llamar primero a Zenón. Aclaró que lo había hecho sólo porque era el primero en la lista, y lo era por puro azar. Repitió que los dos nombres le eran desconocidos, y tanto le daba uno como el otro. Pero a Zenón

no lo habían podido encontrar. En efecto, Perinola sabía que su colega estaba de viaje.

Esta vez su corazón fue menos generoso con la disculpa. De pronto la ignorancia de Parménides, y la de los informantes en los que confiaba, le mostraba su cara difamatoria. Ponerlo a él en la misma lista, de igual a igual, con un seudopoeta como Zenón transformaba la ignorancia en indiferencia, o directamente en desdén. Siendo así, lo sorprendente era que incluyeran el nombre de Perinola. Hasta ahora había creído que bastaba tener el más somero conocimiento literario para hacer una distinción tajante entre el fraude y el artículo genuino. Zenón no aspiraba siquiera a lo genuino, que, debía saberlo bien, no le aportaría ni fama ni dinero. Y explotando la ignorancia general, había logrado cierta fama, una popularidad de la que Perinola estaba lejos. Pero Parménides tampoco había oído antes el nombre de Zenón, lo que en cierto modo era tranquilizador porque indicaba que todo en la literatura le resultaba ajeno, no sólo la literatura misma sino también sus simulacros sociales. Con todo, era triste comprobar una vez más que nadie entendía nada, que a nadie le importaba entender nada.

La herida narcisística que esto le infligía quedó reducida a un mero rasguño al lado de una nebulosa sensación de amenaza. Pues a ese mundo extraño, que no reconocía las reglas básicas con las que funcionaba su mundo, el de las letras, estaba a punto de entrar, o estaba entrando, y entrar a un mundo desconocido tenía sus riesgos. Por lo pronto, lo que le pidiera este hombre, fuera lo que fuera, podía estar muy lejos de sus capacidades específicas si tanto él como Zenón podían hacerlo. Pero lo tranquilizaba la convicción, tan profunda que no necesitaba ponerla en palabras, de que si podía hacer lo genuino también podía hacer el simulacro, o inclusive que podía hacer las dos cosas a la vez.

De cualquier modo, los preliminares habían quedado atrás. Parménides entró en materia de inmediato, por el hábito de gobierno de no perder un tiempo valioso. Necesitaba ayuda profesional para escribir un libro. ¿Qué libro? No lo dijo. Lo dejó para más adelante. Dijo que nunca había escrito, pero su actividad legislativa, médica, religiosa, social, lo había provisto de conocimientos de la más diversa índole, conocimientos que, ahora que había llegado a la edad de la madurez, se conjugaban en una visión general del mundo, en una ciencia coordinada de los seres y fenómenos. Ese mensaje, tuviera poco o mucho valor (aquí insinuó que la modestia, y sólo la modestia, lo obligaba a creer que era poco), no debía perderse, y el único modo de que no se perdiera era someterlo a un proceso de escritura. Pero no sabía escribir. O sí sabía. No sabía si sabía o no sabía. Nunca lo había hecho. Los cargos, las responsabilidades, la carrera de los honores emprendida en la primera juventud y desarrollada sin pausas, le habían restado tiempo para la tarea reflexiva y solitaria de escribir, por la que siempre se había sentido atraído. No lo lamentaba demasiado, en primer lugar porque no era demasiado tarde, y su decisión de recuperar el tiempo perdido era firme, y en segundo lugar porque ese afán en los negocios públicos que le

había impedido escribir le había dado la rica y variada experiencia que sería el firme cimiento de lo que escribiera.

Este último razonamiento le sonó bastante dudoso a Perinola. Quedaba implícito en él que aprender a escribir era un trámite sucinto y apenas utilitario. Sonaba a eso, precisamente, a un razonamiento, con todo lo hueco y ficticio que tienen los razonamientos que se hacen en el aire, y convencen y autoconvencen, pero resbalan sobre la realidad sin hacer pie. Si indicaba un rasgo psicológico de Parménides, desmentía clamorosamente su encarecimiento de la experiencia como maestra y guía.

No dijo nada, empero, porque un fogonazo de astucia, tan raro en él, le susurró que sería malo para el negocio, si es que había negocio. Además, no era preciso decir nada. Parménides seguía hablando, con exuberancia y energía en aumento, como si el sonido de su propia voz le diera ánimo, ideas, convicción. Parecía estar inventándose como personaje, un personaje nuevo que le gustaba y le exigía más precisiones, más matices, más verosimilitud.

Ya estaba embalado en el «qué», después de terminar con el «cómo». Lo que quería escribir era un libro, por supuesto, ¿qué otra cosa podía ser? Ya lo tenía todo pensado, y más que eso, lo tenía «escrito» en el pensamiento, tanto le había estado dando vueltas en la cabeza. No pasaba día en que no se le ocurriera algo, no había casi hora del día en la que no asomara a su conciencia el anhelado proyecto, siempre con luces más nítidas, más urgentes. Y siempre, invariablemente, lo interrumpía algún asunto del momento, alguna decisión que tomar, alguna distracción. Las cosas no podían seguir así. Había llegado el momento de poner en negro sobre blanco, definitivamente, esos pensamientos. Entre otras cosas porque se daba cuenta de que si seguía jugando con sus ideas sin fijarlas, iban a empezar a mezclársele, a superponerse, a superarse. Y al decir que «había llegado el momento» estaba respondiendo al «cuándo», con lo que debía volver al «cómo». Ahí intervenía Perinola, con su saber profesional o técnico respecto de cuestiones de versificación y escritura en general.

Perinola, que hasta entonces se había limitado a asentir con gestos o con algún balbuceo, le hizo una pregunta: ¿su trabajo sería el de mentor literario en general, o el de colaborador en la redacción de este libro? O, en otras palabras, ¿Parménides quería aprender a escribir, o sólo se proponía escribir este libro?

Era por demás evidente que a Parménides no se le había ocurrido preguntárselo, pero aun así su respuesta fue inmediata:

—Las dos cosas.

Perinola tendría tiempo para acostumbrarse a estas respuestas que no eran respuestas. Todas sus propuestas, aun si las planteaba como alternativas excluyentes, serían aceptadas con la misma velocidad y entusiasmo. En efecto, siguió Parménides, «las dos cosas» (y, aunque no lo dijo, muchas cosas más también, todas las que salieran), en razón de lo amplio del proyecto. Justamente, de eso se trataba. Su carrera lo había puesto en contacto con todos los aspectos de la vida social, política,

económica y cultural de la ciudad. Y su trato frecuente con los extranjeros que acudían de todos los ámbitos de la tierra y las costas del mar, con los que se entrevistaba infaliblemente aunque devoraban el tiempo de su ya recargada agenda, ampliaba y ponía en perspectiva sus conocimientos. Siguió una prolongada digresión sobre los viajeros más recientes con los que había alternado, y a esto le siguió un pormenorizado relato de un viaje que él mismo había hecho... Cuánto hablaba. Con cuánta seguridad. Qué alta era su autoestima. Cuando al fin Perinola pudo meter un bocadillo, le preguntó si podría resumir en una palabra, en una frase, la materia o la sustancia del libro.

Parménides levantó la vista al techo, entrecerrando los ojos. Una sonrisa soñadora en sus labios parecía decir que era la pregunta que estaba esperando. Por supuesto, no necesitó pensarlo mucho:

—«Sobre la Naturaleza».

Pero aclaró de inmediato que ese título convencional no agotaba ni la materia ni la sustancia de su proyecto. El suyo no sería como esos tratados que proliferaban con el mismo nombre, porque lo imaginaba mucho más totalizante, y en base a premisas por completo diferentes.

A pesar de estas restricciones, a Perinola el panorama se le aclaraba. «Sobre la Naturaleza» quería decir «sobre cualquier cosa», y más en concreto quería decir «libro». Era el nombre de esa clase de manuales de enseñanza que estaban de moda, algunos de los cuales había revisado por curiosidad. Ahí tenía el «por qué». Este hombre quería tener un libro firmado por él. Porque sí. Porque estaba de moda, porque era lo único que le faltaba para terminar de dorar su prestigio. Un libro podía viajar y llevar lejos su fama. Era bastante primario, bastante infantil.

No obtuvo más precisiones, aunque la conversación fue larga, tan larga que cuando salió ya era de noche y tuvo que apurar el paso para llegar a su casa, que no estaba cerca, a una hora razonable y que su esposa no lo regañara; aunque estaba seguro de que no se salvaría, en el mejor de los casos, de algún comentario descomedido y una velada de malhumor. No importaba que tuviera una buena excusa porque a ella sus actividades no le importaban; no admitía excusas porque ella no las tenía ya que su único trabajo era el de la casa, siempre igual y siempre igualmente exigente. Tenían tres hijos (otros dos habían muerto a poco de nacer), el mayor de seis años, la menor, una niña, recién nacida. En los pocos años que llevaban de casados habían establecido una rutina en la que compartían todos los quehaceres. Su ausencia a esa hora estaba provocando una desorganización que sentía en cada músculo del cuerpo.

Hablando consigo mismo, se decía que la culpa había sido de la charla inagotable de Parménides. Y todavía estaría hablando si Perinola no hubiera abreviado. El otro no debía de tener ningún problema con los horarios. Y eso a pesar de que gran parte de su discurso y razones habían girado alrededor del tema de la falta de tiempo. Era contradictorio, pero aun así se entendía. Perinola, pobre y desocupado, tenía menos

tiempo que el alto funcionario cargado de riqueza y obligaciones. ¿Qué podía extrañar en eso? El que carecía de todo carecía también de tiempo, y lo que dijeran los ricos al respecto caía en el terreno de las ilusiones que se hacían y con las que justificaban ante sí mismos sus privilegios.

Aun con el apuro, la caminata le dio tiempo para pensar. Habían acordado volver a encontrarse al día siguiente en el mismo lugar y a la misma hora, lo que empezaba a responder al «cuándo» y al «dónde». A pesar de la insistencia de Parménides por empezar el trabajo ya mismo, Perinola no le había dado una respuesta definitiva. Pretextó unos trabajos pendientes (no tenía ninguno), unos vagos compromisos, y hasta insinuó dudas sobre su capacidad para realizar satisfactoriamente un trabajo que nunca había hecho antes. Parménides descartó estos escrúpulos: los dos entrarían a un territorio desconocido, y aprenderían juntos. El plazo que obtuvo para decidirse fue de un día nada más. Perinola habría preferido diez. De hecho, habría preferido un plazo indefinido, de meses o años. Era de esa clase de hombres, frecuente entre escritores. La vida se le iba en pensarla. Pero la impaciencia de su empleador no aceptaba más que un día, y a regañadientes. Si por él fuera, deberían haber puesto manos a la obra ahí mismo, y escribir durante toda la noche y tener el libro terminado al amanecer. Esa ansiedad no era el único rasgo infantil que le había encontrado.

Pues bien, el plazo había empezado a correr y, como todo gran postergador, Perinola siempre estaba tratando de adelantar y organizar lo que debía hacer (justamente porque no lo hacía). Las respuestas que debía dar mañana eran dos: si aceptaba el trabajo, y cuánto cobraría por hacerlo. La primera había quedado más o menos decidida, o al menos Parménides lo había entendido así, y decirle lo contrario exigiría demasiado esfuerzo. Además, para Perinola, la primera cuestión dependía de la segunda. De hecho, habían hablado del pago. A partir de cierto punto de la charla, Perinola casi no había pensado en otra cosa, devorado por la ansiedad de que el tema saliera a la luz. Pero cuando salió, no hubo más precisiones que en todo lo demás. Parménides se limitó a preguntarle si quería un anticipo, a lo que él se negó automáticamente, sin pensarlo. Lo asustaba la mera idea de un compromiso a ciegas. Y además, ¿anticipo de qué? O mejor dicho, ¿de cuánto? Ahí estaba el quid. Por supuesto, le convenía que la cifra la pusiera Parménides, no él. Con su importancia, sumada a la importancia que se daba y le daba al proyecto, siempre iba a dar una cifra superior a la que pudiera dar él. Pero no lo hizo, no le dio ninguna pista, y Perinola no quiso insistir. De modo que ahora tendría que hacer cálculos... Y antes de hacerlos tendría que establecer alguna premisa sobre la cual calcular.

¿Cuánto? Ésa era la pregunta última y primera, en cierto modo la única, la que encerraba toda la historia. Al comprobarlo, se sentía un poco cínico, recordando el desinteresado ardor intelectual de Parménides. Pero un rico podía permitírselo, mientras que él...

El curso de su pensamiento lo devolvió de pronto a la realidad, a la noche que no acababa de comenzar, las casas cada vez más espaciadas, los baldíos que se

continuaban en las colinas, la calma de desierto. Y esa vuelta a la tierra produjo una suerte de rebote: su alma se elevó al cielo estrellado, a la Luna blanquísima. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué se preocupaba por detalles? ¿Qué detalles había? Era pobrísimo, no tenía nada. No tenía nada que perder, y todo por ganar. Lo que le estaba pasando era un golpe de suerte insólito, increíble. No podía haber motivo mejor para festejar. Aun así, buscó dentro de él más causas para la euforia que lo había invadido. Y de pronto todo le pareció revestirse de la condición gloriosa de causa de felicidad. Era joven, gozaba de una salud perfecta, la noche también era perfecta y tenía sugerencias de inspiración, de poesía. ¿O sería su hija, su primera hija mujer, que acababa de nacer, hermosa como una muñeca? Adivinó que el resto de su vida recordaría este momento como uno de esos instantes del destino, milagrosos, en equilibrio sobre una línea casi invisible, una conjunción de azares irrepetibles, «la cima de lo particular».

Que había mentido al decir que tenía trabajos pendientes, Perinola pudo comprobarlo prolongadamente al día siguiente porque hasta la hora de la cita estuvo pensando en el asunto que debía resolver y no hizo nada más, salvo los trabajos de la casa. Y si no pensó en otra cosa fue porque no la había. En realidad sí había, decenas de proyectos y planes que dormían a la espera de la inspiración o la voluntad. ¿Qué poeta no está habitado por los poemas no escritos todavía? Pero lo hizo todo a un lado, y lo entristeció un poco ver con cuánta facilidad podía hacerlo.

En cierto momento de la jornada, que avanzó a la vez demasiado lenta y demasiado veloz, como suele suceder en casos de ansiedad aguda, se dio cuenta de que a pesar de la concentración monomaniaca con la que tenía enfocada la mente en el trabajo propuesto por Parménides, no había pensado ni por un minuto en este trabajo como escritura o elaboración intelectual: todo se lo llevaba la cuestión de la plata. Lo justificaba diciéndose que no podía ser de otro modo, no por culpa suya sino de Parménides, que no le había dado ninguna indicación sobre el contenido del proyecto, dejándole como única materia de reflexión las formalidades presupuestarias. Aun así, le disgustaba la sospecha de estar entrando en una especie de simulacro.

De cualquier modo, estos escrúpulos no duraban. Volvía insensiblemente a la pregunta por el pago. Antes que la cifra, debía decidir si debía (o sea: si le convenía) pedir una remuneración por todo el trabajo, es decir, por el libro entero y terminado, o bien por tiempo. La alternativa se superponía a la que él mismo le había planteado a su empleador: ¿su función era enseñar el oficio de escribir, o colaborar en la escritura de un libro? «Las dos cosas», había respondido Parménides, pero lo había hecho por no saberlo, no porque en realidad quisiera las dos cosas. Perinola había quedado con la convicción de que todo lo que quería era escribir su libro. Volverse escritor estaba fuera de cuestión, dijera lo que dijera.

Su honestidad le decía que lo correcto era poner un precio por el libro: cobrar por tiempo, es decir, ponerse un sueldo y embolsarlo todos los meses, lo llevaría a alargamientos interesados, a maniobras de postergación que desde ya le parecían demasiado fáciles, y a profundizar el simulacro. Pero ¿no era un exceso de honestidad? Porque se basaba en un diagnóstico de las intenciones inconscientes de Parménides, tal como se las imaginaba a partir de una sola entrevista. Además, bien podía ser que la honestidad estuviera fuera de lugar, porque el caso de alguien que pagaba para que otro le escribiera un libro ya era deshonesto en sí.

En términos puramente prácticos, la disyuntiva también tenía sus problemas. Por un libro, y en especial por un libro totalizante como el que tenía en mente Parménides, se podía pedir una cifra de cierta importancia, por ejemplo, una que le permitiera vivir un año entero con desahogo. Mientras que por una remuneración mensual la cantidad debía ser menor, mucho menor. Y ahí el apuro y los hábitos

ejecutivos del «autor» podían jugarle una mala pasada: al libro podía darlo por terminado en quince días, y entonces se quedaría con un miserable sueldito único y nada más.

Debía jugarse, y disponía de pocos elementos para decidir la jugada ganadora. Un elemento era la visible falta de ideas concretas de Parménides sobre su libro. Eso necesariamente tenía que llevar tiempo. Los «quince días» del apuro máximo podía descartarlos sin temor. Lo que lo dejaba frente a un dilema que volvía a ser el primero y principal: ¿cuánto? Si pedía un sueldo mensual, ¿cuál debía ser? No había modo de calcularlo. El porcentaje de los comerciantes no tenía validez en este caso porque no había mercaderías que cambiaran de mano, salvo las inmateriales de la poesía y el saber. Este trabajo caía en la categoría de «servicios», pero los servicios estaban a cargo de los esclavos, que no cobraban sueldo. Con todo, tenía que avanzar por ese lado. Aunque era deprimente tomar a los esclavos como paradigma, no tenía otro. A un esclavo sus amos lo alimentaban y vestían, y eso sí costaba dinero. ¿Cuánto necesitaba él para su subsistencia? Muy poco, casi nada. De hecho, habían pasado años viviendo con nada. Pero eso Parménides lo ignoraba.

La clave de la dificultad era que no había antecedentes. De pronto cayó en la cuenta de que era el primer hombre que debía enfrentar este dilema. Si en el futuro se generalizaba esta curiosa profesión que estaba inaugurando (de escribir para quienes no supieran hacerlo), él sería el primer antecedente, el antecedente de todos los antecedentes en los que se basarían los oficiantes para sus tratos, que entonces ya estarían sistematizados y tarifados. Y sería un antecedente secreto, porque desde ya empezaba a adivinar que Parménides firmaría él solo su libro, y los que en el porvenir recurrieran a esta clase de servicios también preferirían mantenerlos en las sombras, como un «fantasma». De modo que el precedente que él estaba sentando con sus decisiones se transmitiría en voz baja, como una tradición esotérica. Aunque estaba por ver (él no lo vería) si en las eras sucesivas de la humanidad persistiría el deseo de los ricos y poderosos de darse lustre con un libro que no sabrían cómo escribir. Quizá la moda a la que se había montado Parménides era tan fugaz como todas las modas, y el prestigio del libro se extinguiría tan rápido como había nacido. ¿Quién podía decirlo? Dependía de la evolución de la literatura, y de la sociedad.

A la tarde, cuando se dirigía al palacio de la Judicatura, tuvo un pensamiento que lo hizo sonreír. ¿No era posible que el entusiasmo de Parménides se hubiera evaporado ya? No sólo era posible, sino muy probable. Era un capricho de rico, volátil por naturaleza. Como había venido se podía ir. Al ponerlo en palabras, como lo había hecho, quizá por primera vez, el día anterior, tenía que haberse dado cuenta de que era un capricho vacío, sin sustancia. Su propia charla inagotable no debía de ocultarle que en realidad no tenía nada que decir, salvo lo ya dicho. Y él, Perinola, no había hecho nada para ilusionarlo (ahora era demasiado tarde para lamentarse, y no sabía si habría podido hacerlo). O bien era posible que hubieran surgido otros

asuntos, urgentes o importantes, que le hicieran archivar este proyecto o se lo hicieran ver en toda su fatuidad impráctica.

No fue así. Más bien al contrario. El entusiasmo no sólo no se le había pasado sino que había aumentado. Lo esperaba, y sobrenaturalmente parecía esperar que le trajera el libro ya escrito. Pero al mismo tiempo no se mostró decepcionado porque no lo hiciera. Al contrario, aceptaba con energía la idea de que se necesitaba un arduo trabajo para escribirlo. Así fue siempre. Durante diez años fue como el primer día.

Salvo por las primeras palabras, sumarias y casi distraídas, con las que quedaron resueltas las cuestiones prácticas, la segunda entrevista fue una repetición de la primera. Las mismas palabras, las mismas frases, los mismos giros, y por supuesto las mismas intenciones. Por una deformación profesional, Perinola daba por sentado que la gente nunca decía lo mismo, aunque no tuviera nada nuevo que decir. Era la escritura la que fijaba lo idéntico, una sola vez, mientras que en el lenguaje oral reinaba la variación, y el sentido surgía de la diferencia. La repetición exacta que estaba desplegando Parménides le parecía una magia demente, algo en él se resistía a creer que estuviera pasando de veras. Aunque pensándolo bien, no tenía nada de raro: si uno seguía siendo el mismo, y pensando lo mismo, ¿por qué no iba a decir lo mismo? Lo raro más bien era ese escrúpulo de escritor de variar las formas, inútilmente. Aun así, era un espectáculo absorbente, ligeramente alucinatorio. En el ardor de la expresión, Parménides no debía de darse cuenta de que al proclamar las mismas frases del día anterior adoptaba el mismo tono, hacía los mismos gestos, las mismas pausas en los mismos puntos.

¿Y qué decía? Bueno, ahí no podía sorprender que dijera lo mismo que el día anterior, es decir, a los efectos prácticos, nada. Repetía sus intenciones de escribir un libro, que preservara el tesoro de su experiencia, que conjugara sus ideas sobre los seres y los hechos del mundo, etcétera. Siempre resbalando por encima de esta experiencia y estas ideas, de las que al fin de cuentas nunca dijo cuáles eran.

Lo mismo pasó en la tercera reunión, y en la cuarta y en la quinta... Perinola empezó a desesperarse, pero el mecanismo era inflexible. La superficie ganaba la partida cada vez. Planeaba estrategias para llevarlo a un terreno más concreto, y fallaban siempre. Era como si interviniera una especie de magia, pero evidentemente no se trataba más que de la constitución mental de Parménides, irreductible a la tarea de pensar en lo que había dentro de las formas. Perinola le preguntaba, simulando un intenso interés (que en realidad tenía), por el modo en que le gustaría que estuviera distribuida la materia del libro; lo que realmente quería saber era de qué materia se trataba, pero eso no se lo preguntaba, por delicadeza, por no ponerlo en un aprieto; esta táctica indirecta podía ser más eficaz. Parménides, encantado con la pregunta, se precipitaba a responder: quería que los asuntos fueran procediendo encadenados, no sueltos y fragmentarios como lo hacían otros tratadistas; quería que hubiera una lógica que llevara de un tema a otro, y que las transiciones se hicieran

insensiblemente... En fin, sobre eso podía seguir hablando hasta que se le secase la boca, sin dar la más mínima pista sobre los asuntos o temas.

¿Y en qué orden ponerlos?, insistía Perinola con astucia, abriendo los oídos.

Este punto también estaba bien pensado, o se lo improvisaba sin la menor vacilación. Había que ir de mayor a menor, de los temas más incluyentes a los más incluidos, de lo visible a lo invisible, de lo fácil a lo difícil... O viceversa. En realidad el orden general no importaba en tanto el particular estuviera bien pensado.

Esto último le arruinaba la siguiente pregunta que tenía preparada, pero la hacía de todos modos: ¿con cuál empezar?

Con cualquiera. Todo en el mundo y en el tiempo podía ser un buen punto de partida, porque las cadenas de causas y efectos empezaban y terminaban en todas partes.

Cansado y aturdido, Perinola modificaba la dirección del ataque y lo interrogaba ya no por los contenidos sino por las formas, con la vana esperanza de que Parménides, que al querer hablar de los contenidos hablaba de las formas, al hablar de las formas dejara escapar algo sobre los contenidos. ¿Lo quería a nivel de difusión, para todo público, o más elevado? ¿Dividido en capítulos, o como un discurso continuo? ¿En prosa o en verso?

Esfuerzo inútil. Las respuestas se extendían más que nunca, portadoras de más convicción, más seguridad, más ganas. Lo quería conciso, sin alargamientos innecesarios, sin repeticiones (salvo cuando fueran necesarias), interesante, sin énfasis, liviano (aunque no al punto de la frivolidad), serio sin acartonamiento, natural, convincente sin chicanas retóricas, convincente por la mera fuerza del razonamiento, y que al mismo tiempo no mostrara esfuerzo por convencer... Podía ser inagotable, tenían que interrumpir porque se hacía noche cerrada y Perinola se iba tan en ayunas como había llegado.

A veces se arriesgaba a introducir él, por su cuenta, alguna punta de contenido, a modo de ejemplo y simulando que lo hacía sólo para hacerse una idea más clara de los aspectos formales. Cuando el otro le exponía la necesidad de ir de lo mayor a lo menor, lo interrumpía asintiendo y como si hablara consigo mismo:

—Claro, «de lo mayor a lo menor», o sea, digamos, del Reino Animal a las cabras...

O, cuando se trataba de los encadenamientos causales:

—Mmm... Sí, ya veo. Por ejemplo, relacionar las enfermedades que sufren los esclavos con la baja en la producción.

O, hablando de la concisión:

—Estoy de acuerdo. Al hablar del clima, habría que limitarse a las variaciones estacionales y no demorarse en los signos que anuncian cada fenómeno...

Eran palos de ciego, al azar. Y los resultados eran nulos, en tanto la única e invariable reacción de Parménides era una aceptación instantánea y total, en la que

Perinola detectaba un cierto desinterés, como si le estuviera diciendo «eso es cosa suya; de eso se ocupa usted».

Lo peor era que esta bruma, que tenía visos de definitiva, estaba acompañada de la impaciencia propia del carácter expeditivo de Parménides. Algo que decía en algún momento revelaba que contaba en días, y en unos pocos días, el plazo para que el libro estuviera escrito. Perinola temía, con un escalofrío, que una noche le dijera: «Para mañana, tráigamelo terminado». Se devanaba los sesos pensando si no le habría dicho en algún momento de qué debía tratarse el libro, y él había estado distraído, o no había entendido. Todo podía ser un gran malentendido...

Pero no. Le bastaba tranquilizarse un poco para ver una realidad menos alarmante, y perfectamente explicable. Si Parménides no le hablaba sobre los contenidos era porque no sabía cuáles eran, y nunca lo había pensado. Quería un libro, un libro firmado por él, un libro suyo, con sus ideas, y hasta ahí llegaba lo que sabía. Cuáles eran esas ideas, ya era una pregunta que estaba del otro lado. En la situación no había nada de raro, porque todo el mundo creía tener ideas valiosas y personales, y nadie se molestaba en examinarlas o preguntarse siquiera qué ideas eran.

A veces lo sorprendía recibéndolo con una pregunta urgente, cuya respuesta no podía postergarse:

–Quiero hacerle una consulta sobre el libro. ¿Qué le parece si...?

Perinola se ponía tenso, el corazón le palpitaba de la expectativa, creía que al fin se abrirían las compuertas de los temas. Pero no era así. La consulta se refería infaliblemente a algún asunto externo o posterior a la escritura, es decir, al libro ya escrito y terminado, vuelto un objeto. En qué material hacer las copias, cómo presentarlo, cuántas copias mandar hacer inicialmente y a quién dárselas a leer. ¿Le convenía hacer un acto público para presentarlo? Ya había estado pensando en la lista de invitados. Por supuesto, él diría unas palabras, pero ¿quiénes más podían hablar? No quería una serie interminable de discursos, más bien algo breve, informal... Para Parménides el libro era el libro ya hecho, no el proceso de hacerlo. ¡Pero ese proceso ni lo habían iniciado todavía, y al paso que iban no lo iniciarían nunca!

¿O era Perinola quien estaba encarando mal el asunto? Como todo intelectual enfrentado a una cuestión intelectual, tenía las mayores dificultades para tomar distancia y ver el problema «desde afuera», en sus datos reales y objetivos. Ahí debía de estar la raíz de la incomunicación. Pues Parménides era un no intelectual nato (lo que no quería decir que no fuera inteligente) y, en una perfecta inversión simétrica, no podía ver el problema «desde adentro», no podía reducir nunca la distancia que lo separaba del objeto. Pues bien, vista objetivamente, la situación era la de un hombre rico y ocupado que contrataba a un escritor para que le escribiera un libro. ¿No estaba bastante claro así? Escribir un libro implicaba también pensarlo, encontrar su materia, sus temas. En realidad a Perinola nadie le había dicho que su función fuera sólo redactar una materia o temas predeterminados. Quizá las palabras de Parménides se

lo habían dejado creer, pero si él se lo había creído realmente, la culpa era suya. Otra vez la falta de antecedentes le jugaba en contra. Así como debía inventarlo todo en este novedoso oficio, quizá debía inventarlo todo en el libro.

Entre la tercera y la cuarta reunión, Perinola probó de empezar a escribir el quimérico libro de Parménides. No tenía la más vaga noción de los temas que se suponía que debía tratar, pero no había perdido la esperanza de averiguarlos. La sospecha de que Parménides los ignoraba tanto como él, si bien ya había asomado a su mente, seguía pareciéndole demasiado fantástica. Su propia experiencia de escritor le hacía creer imposible que alguien quisiera escribir un libro, un libro determinado, y pusiera manos a la obra (aunque más no fuera contratando a un secretario o amanuense), sin haber decidido sobre qué trataría. Tampoco podía creer que se lo estuviera ocultando deliberadamente, por algún motivo como podía ser el temor de que le robara las ideas. Muy por el contrario, Parménides le decía todo lo que le pasaba por la cabeza; nada parecía más ajeno a su carácter y sus intenciones que ocultarle algo. En la perplejidad que le producía la situación, Perinola tuvo la ocurrencia de escribir algo, cualquier cosa, como un punto de partida. Ante un texto concreto, Parménides no tendría más remedio que ponerse concreto y decir si era eso lo que quería, o no, y entonces él tendría algo en que apoyarse. Era un paso arriesgado, pero temía que la abstracción en que se sucedían las conversaciones terminara desanimando a Parménides y haciéndole perder a él el empleo. Como todo ser dotado de una imaginación activa, Perinola se había adelantado al tiempo; ya estaba gozando el salario que cobraría, y en su fuero interno había organizado su vida futura de acuerdo a ese dinero, de modo que le resultaría catastrófico perderlo.

Además, una vez que hubo tomado la decisión, empezó a verlo como la opción más lógica. Tanto, que se preguntó si no habría estado exagerando con sus pretensiones y temores, exageración que bien podía ponerse en la cuenta de su laboriosa fantasía. Después de todo, Parménides le había dicho muchas cosas: superficiales, inconexas, vacuas, pero evidentemente así era él, y sus proyectos no podían ser distintos. Quizá incluso él mismo lo sabía, porque no siempre uno es ciego a sus propios defectos, y por eso lo había contratado.

De modo que esa noche, después de acostar a los niños, se sentó en su rincón y se puso a escribir. Antes de empezar, en ese momento de suspensión en el que todo era posible, hasta desobedecer a la musa, se preguntó una vez más (y esta vez a sí mismo): escribir... ¿qué? Fue como si la vieja pregunta tomara sentido pleno por primera vez.

Fue un instante: al siguiente ya estaba escribiendo, y lo hizo sin detenerse durante dos o tres horas. Fue un trabajo sonriente, intercalado con risas, que tuvo que contener para no despertar a la familia. No porque lo que escribía fuera cómico: era serio, pero él no lo escribía en serio; lo cómico estaba en la situación. La sonrisa también reflejaba la facilidad con que salían los versos, una emisión fluida, casi automática, que parecía como si pudiera seguir indefinidamente. En cierto modo, era

un regreso de la musa, por el camino indirecto del personaje adoptado o la voz ajena. Quizá siempre debería haberla buscado ahí.

Porque lo que estaba haciendo, y lo que suponía que tendría que seguir haciendo durante meses, era asumir la voz y el pensamiento del «autor», es decir, Parménides. Ahora bien, justamente ése era el problema: que no sabía qué contenía ese pensamiento. A pesar de lo cual descubrió que podía asumirlo. Tenía la máscara, y se la ponía, y la máscara arrastraba todo lo demás. La «máscara» eran los gestos de Parménides, el timbre de su voz, su modo de hablar; no le era difícil ponerse en el personaje porque lo había tenido en el primer plano de su mente cada momento de esos tres días, desde que lo había conocido. Y si el «estilo» exterior de una persona es expresión del pensamiento, éste puede deducirse de aquél.

Por supuesto, estas magias no funcionan en los hechos, aunque basta con que uno se convenza de su eficacia para que funcionen. A Perinola le dio resultado, dentro de los modestos límites que se había propuesto. En realidad, traspasó esos límites.

La materia venía sola. La intención era escribir algo, cualquier cosa, apenas lo necesario para arrancarle alguna precisión a Parménides. Cuanto antes se lo presentara, menos peligro habría, pues si no se ajustaba a sus deseos podía culpar a lo prematuro de la iniciativa, al malentendido, a la sutileza o trascendencia del proyecto. Y cuanto antes supiera cuáles eran esos deseos y ese proyecto, antes podría ponerse a trabajar en la buena senda. Se reprochó no haberlo hecho antes, después de la primera reunión, en lugar de perder tiempo con sus maniobras de extracción, que habían fracasado.

En condiciones normales, escribir «cualquier cosa» no era tan fácil, como lo había comprobado más de una vez. La escritura imponía una determinación, y la vaga promesa de «cualquier cosa» se deshacía entre las manos, su libertad se revelaba ilusoria. En este caso, con ser tan especial, pasaba lo mismo. Pero fue ahí donde se dio cuenta de que no estaba tan desprovisto de tema: tenía el Universo, y las cosas y las criaturas y sus relaciones y conflictos. Y mucho más; todo cabía en lo que él podía haber entendido, verosímilmente, que Parménides quería meter en su libro. Y si podía parecer demasiado, disponía de una buena guía para limitarse: su estrategia de busca de información. En efecto, no se trataba de causar una impresión, o transmitir un conocimiento, sino de producir un efecto muy preciso, como era el de hacerle decir a Parménides: «Esto sí, esto no». (Y aun si decía a todo que no, también sería útil, porque se iría definiendo el área a tratar.) Con este efecto en mente puso manos a la obra.

Empezó con el Universo, es decir, el Todo, para estar seguro de no olvidárselo después. Rebuscó en la memoria algo que pudiera decir al respecto, y le vinieron algunas de esas teorías ingeniosas o provocativas que venía oyendo desde chico, y que no tenían más defecto que valer tanto como su negación. No valía la pena ponerse a pensar cuál le gustaba más; aunque no quería ir a las más trilladas. Puso

algo así como «el Universo está hecho de Luz y Oscuridad», lo que era bastante neutro.

Claro que no debía quedarse en generalidades o no conseguiría sus propósitos. De modo que acto seguido pasó a concretar: la luz venía del Sol... Le pareció demasiado idiota y estuvo a punto de tachar, pero se contuvo: la idea no era ponerse muy quisquilloso, sino hacerlo. Además, podía justificar al Sol completando el listín de cuerpos celestes, y anotó la Luna, las estrellas, la Vía Láctea, y, ya que estaba, el espacio que los separaba: el éter. Y la Tierra, cómo se iba a olvidar de ella, además, le daba el enlace para pasar a las cosas que había en la Tierra.

Así siguió. No se preocupaba mucho por lo que decía de cada elemento que introducía, porque eso justamente saldría de los comentarios que le sonsacarían a Parménides. Por el momento ponía lugares comunes más o menos inofensivos.

En un pastiche, por deliberado que sea y por mucha distancia que ponga con él quien lo escribe, es inevitable que se cuelen ideas del autor, ideas que él podría reivindicar sin ironía. Le pasó a Perinola cuando, para rellenar, puso que en la luz puede no haber oscuridad, pero en la oscuridad siempre hay luz. Quizá no podía decir que eso fuera propiamente una «idea», porque no se apoyaba en nada y no habría podido sostenerla con razones. Aun así, era muy suya. Le gustaba la asimetría que planteaba, y le gustaba que en el movimiento mismo de ese desequilibrio trajera sugerencias de luminarias oscuras y secretas, ocultas en los pliegues de la noche. Hubo algunas cosas más como ésta, pero no muchas.

De la Tierra, mencionó los objetos inertes y los seres vivos. ¿Había algo más? Seguramente, pero no pretendía ser exhaustivo. Tampoco pretendía ser original, así que tanto a los objetos como a las criaturas las igualó en un mismo proceso de aparición, subsistencia y desaparición. Todos lugares comunes. Gradualmente fue perdiéndole el miedo a lo obvio, y lo penetraba una deliciosa sensación de libertad. Para acercarse a ese utópico estado de espontaneidad de «cualquier cosa», no había otro camino que el del lugar común y lo obvio. Pero un justificado temor a caer en una neutralidad excesiva le hizo introducir aquí y allá algunas rarezas idiosincrásicas, como para que chirriaran en medio del rumor monótono de los estereotipos y despertaran a Parménides de su siesta charlatana y lo obligaran a definirse. Puso, por ejemplo, que el nacimiento era cruel y la muerte benévola, y que los seres vivos se armaban con miembros «móviles»... Él mismo se preguntaba qué habría querido decir, y fue uno de los motivos de las risas que puntuaron la tarea.

En cierto momento se dio cuenta de que lo que estaba haciendo era una enumeración y nada más que una enumeración. Si bien el propósito era más o menos ése, vale decir plantear un listín de objetos entre los que su patrón pudiera elegir, no le gustaban las enumeraciones, salvo como recurso usado parsimoniosamente en medio de un texto bien estructurado. Enumerar tenía un tufillo a trabajo previo, a anotación, y esta escritura que estaba realizando tenía por finalidad salir de lo previo, no perpetuarlo. Pues empezaba a entender que la vaguedad de los propósitos de

Parménides, sumada a su carácter ansioso, lo haría engancharse con el primer formato que le pusieran ante las narices, y a Perinola la honestidad profesional le vedaba engancharlo a algo tan primitivo como la enumeración.

Pero, por supuesto, cuando miró lo que llevaba escrito, vio que no sería tan fácil encadenar. O más bien sería demasiado fácil, porque toda enumeración es un relato en potencia, y no hay más que darle una función activa a algunos elementos, y remitirse a los otros como objetos auxiliares y adversos, para que la historia aparezca. Pero todavía no era el momento de las historias. Eso quedaría para el final, y sólo si Parménides quería que las hubiera. En el presente estadio, podían hacer fallar toda la maniobra porque si en el texto que le presentaba había siquiera la más leve sombra de una historia, Parménides no vería otra cosa y sus delicados anzuelos temáticos se perderían.

De modo que tenía que inventar una historia que no fuera historia. A pesar de la aparente contradicción, tal cosa no tenía mucho misterio. La mayoría de las historias no eran historias. Le pareció que lo más simple era enlazar unas cosas con otras desde una vaga proclama de conocimiento. «Sabrás esto, y cuando lo sepas sabrás esto otro...» De ese modo tematizaba el encadenamiento mismo; ahí había un chiste secreto, porque quien se proponía saber era él mismo, y el texto era su herramienta.

Este recurso le daba al texto un aire muy adecuado de presentación o introducción. Sólo en ese sentido se lo podía tomar (moderadamente) en serio. Aunque en el fondo seguía siendo una gran broma. «Sabrás esto...», «Sabrás esto otro...», y eran todos los lugares comunes archisabidos por la humanidad desde el comienzo de los tiempos.

La mitad de las decisiones (o los tres cuartos, o todas) las tomaba por él la versificación. Lo escribió en hexámetros, que le salían naturalmente; de hecho, la versificación era su fuerte, y contaba con ella más que con cualquier otra cosa para impresionar a Parménides, y subordinarlo a sus servicios, pues no podría prescindir de él, si es que aceptaba hacerlo en verso. Pero aceptaría; lo habían dado por sentado y ni siquiera habían hablado del tema.

Las exigencias métricas y acentuales le iban dictando las frases. El verso tenía esa ventaja incomparable: si sonaba bien, estaba bien, y uno podía olvidarse del sentido, que surgía de todos modos. Además, las inevitables torsiones a las que sometía al discurso creaban unas intrigantes dificultades y ambigüedades con las que aun esta retahíla de lugares comunes sonaba profunda y misteriosa.

Y como si eso fuera poco, los hexámetros aseguraban la continuidad. Realmente, parecía como si de una cosa saliera la otra; nadie se daría cuenta de que eran incoherencias acumuladas por el capricho o la astucia. El sonido les daba un aire de continuidad que habría sido difícil desmentir.

Qué absurdo, pensaba Perinola sin que los versos dejaran de brotarle (solos, se diría que por iniciativa propia), escribir estas cosas en verso. ¿No era más adecuada la prosa? ¿A quién se le ocurre, versificar las tablas de mareas o los métodos de

extracción del hierro? Era una aberración, y peor todavía era que a todo el mundo le pareciera sublime. Esto lo opinaba Perinola desde su posición de poeta. Haciendo versos desde la infancia, había descubierto que no querían decir nada; y viviendo había descubierto que el lenguaje servía para decir cosas. Había una incompatibilidad, que era lo que lo había comprometido con la poesía. Porque la poesía, al no querer decir nada con el instrumento que servía para decir cosas, decía algo, que era a la vez algo y nada. Amaba ese enigma, pero estaba convencido de que no podía durar. Era demasiado extravagante. Eso se la hacía más preciosa. Efímera, la poesía era una flor rara que se había abierto por casualidad, y el milagro había querido que se abriera justo cuando él vivía. En el futuro, una humanidad más razonable haría buen uso de la prosa.

Fue en parte la facilidad automática que le daba el verso la que lo alentó a incluir un par de detalles de sexo. Adivinaba que a Parménides le gustaría; le parecería moderno, atrevido, picante. Además, era otro lugar común, y no le costaba nada ponerlo; el orden de los principios luminoso y oscuro se continuaba, por una trillada correspondencia, con el de lo femenino y lo masculino, las atracciones y repulsiones de los sexos quedaron reflejadas en el texto de acuerdo con las medidas y los acentos del verso, dislocadas (como debía ser), enigmáticas. El principio activo del Amor introducía sus líneas ondulantes entre la Luna y las estrellas lo mismo que entre lo denso y lo poroso. Una vez más, como ya había hecho antes, le dio un giro caprichoso a la concatenación de obviedades; lo primero que se le ocurrió: que si las simientes femenina y masculina estaban en su debida proporción, el ser engendrado era normal y corriente, mientras que si no estaban proporcionadas... salía un hermafrodita. Vaciló un instante. ¿No sería demasiado? Pero al releerlo vio que sonaba bien, y hasta solemne y admonitorio. No le habría costado nada seguir hilvanando indefinidamente los mayores absurdos. Como una disimulada alusión a lo cual agregó que el pensamiento lo produce el sobrante de energía que no utilizan los miembros del cuerpo. Ya que estaba, intercaló aquí y allá algunos versos enigmáticos en ese sentido.

Tuvo que obligarse a parar. Calculó que tendría unos ciento y pico de versos, quizá más cerca de doscientos que de cien. No se necesitaba más. Con esto bastaría para desatar la lengua de Parménides (en una dirección concreta, porque en la otra no había quien la atara). Antes de irse a dormir releyó todo, y tuvo sentimientos encontrados. Por lo pronto, la especie de euforia que lo había animado mientras trabajaba cedió paso a un sentimiento sin nombre. Al leerse, en la objetivación que producía la lectura de un texto terminado, perdía el rastro de la ironía, de sus maniobras de cara a la lectura de Parménides, de sus chistes y pastiches, y quedaba un poema como cualquier otro. Por un momento tuvo la sospecha de que lo había hecho demasiado bien. ¿No se habría dejado intimidar por Parménides, por su riqueza e importancia? Supuso que en realidad había estado en una posición ambigua al escribir. Debía escribir tonterías y lugares comunes a la medida de su empleador, pero

a la vez debía hacerlo lo bastante bien como para retener el empleo. Le daba la impresión de que siempre que uno escribía estaba entre dos opciones equivalentes.

Nunca había escrito tanto de una sola vez. Le produjo cierto malestar. Como en todo escritor, en él anidaban vagos proyectos, aspiraciones demoradas y sin forma, que proseguían en su pensamiento sucesivas transformaciones y se desvanecían antes de dejar una huella escrita. La vida de escritor era una vida de sueños. ¿Y por qué ahora había escrito, en un rato, y el mismo día en que había decidido hacerlo, un poema tan largo y elaborado, que no era para él, que no sería suyo, que no significaba nada para él? La respuesta estaba a la vista: no había hecho más que enfilear frases hechas y obviedades, no pendía sobre él la espada de lo definitivo, no debía preocuparse por las críticas, ni siquiera por la suya. Así era fácil escribir. Pero ¿no debería ser fácil siempre? ¿Por qué antes no se le había ocurrido un modo de hacerlo fácil?

Todas estas dudas, y otras más que las rondaban como los famosos astros en los consabidos anillos del éter, se desprendían de la insólita sospecha de que hubiera escrito algo bueno sin querer. La mera idea era desestabilizadora. Porque no lo había escrito «en serio». Había sido algo así como la redacción de una trampa, o más bien un señuelo. Las intenciones no habían sido poéticas ni por un segundo. Pero quizá le faltaba aprender eso: que las intenciones no contaban. Quizá escribir era siempre escribir, y la calidad se decidía en otra órbita.

Al llegar a pensar en esa «otra órbita», a la que no podía darle nombre ni figura, volvió a sonreír, y sus preocupaciones se disolvieron como una nubecilla de humo en el viento. ¡Qué importaba! Esta aventura también era un sueño, y después habría otros sueños, muchos más, todos envueltos en el gran sueño de la poesía. Con lo cual apagó la lámpara y se fue a dormir.

La estratagema escrita falló, como habían fallado antes las orales, y era lo que le faltaba a Perinola para terminar de convencerse de que era inútil. Parménides recibió muy satisfecho el fragmento, aunque sin darle demasiada importancia. En la reunión siguiente estaba más entusiasmado que nunca con el proyecto, del que decía que ahora estaba en marcha y no había vuelta atrás, pero no hizo ninguna mención a haber leído esos versos. Si alguna vez los leyó, se guardó sus opiniones. Perinola aguzaba el oído, pero en vano. Una vez, mucho tiempo más tarde, le oyó una mención pasajera a lo bien que le interpretaba su pensamiento, aunque eso podía referirse más a las charlas que tenían que a aquellos versos. Y tampoco podía referirse a otros porque no los hubo. Durante los diez años que persistió la relación Perinola no volvió a escribir una línea, pese a lo cual el «libro» siguió en marcha, en un plano cada vez más ilusorio, aunque sin perder nunca su carácter de inminente. Y los pagos se sucedieron regularmente. Empero, antes de que empezaran, y después de haber probado con los versos, en Perinola subsistía una última inquietud sobre la continuidad de la empresa, y de esa duda surgió una idea que transformó la sociedad entre ambos hombres. En efecto, al cabo de la quinta reunión, que como las anteriores había transcurrido en la Judicatura, le hizo una propuesta a Parménides: ya que tendría que escribir sobre sus ideas, y esas ideas habían nacido de la experiencia, ¿no debería contarle algo de su vida y su carrera? Vaciló antes de decírselo, tan obvio le parecía como maniobra para ganar tiempo. Pero lo que llevaba oído se repetía tanto que no podía creer que el mismo Parménides no terminara aburriéndose, y en la imposibilidad ya definitiva de concretar el trabajo, no le quedaba otro remedio.

Como a todas sus demás propuestas, Parménides asintió con un entusiasmo sin restricciones. No sólo le parecía bien, sino que no pedía otra cosa. El tono de su aceptación implicaba un «por fin empezamos a trabajar en firme», aunque antes no había mostrado la menor impaciencia y podría haber seguido charlando de bueyes perdidos abstractos por siempre. Le dijo que deberían reunirse en un lugar más tranquilo, donde no los interrumpieran a cada momento (aunque en las cinco larguísimas charlas que habían tenido hasta entonces no los habían interrumpido ni una sola vez), y lo citó en su casa. Al día siguiente, porque no podía esperar.

Igual que los salones de la Judicatura, la primera impresión que le causó a Perinola la casa particular de Parménides fue decepcionante. Era lujosa y grande, pero todo en ella parecía demasiado nuevo y colocado al azar, ni siquiera destinado a producir un efecto. La luz y el aire entraban por todos lados, y resultaba difícil concebir que se pudiera vivir ahí. Supuso que al fondo de los pasillos que vislumbraba, de paredes cubiertas con feas pinturas mitológicas, habría dormitorios y cuartos más acogedores. Pero nunca entró en ellos, así que siguieron siendo un misterio. Los esclavos desaparecían por pasadizos entre columnas. Se sentaron, y casi de inmediato volvieron a ponerse de pie. El dueño de casa quería presentarle a su

madre, una mujer alta, delgada, rubia, todavía joven, que había sido reina. Ella lo saludó ceremoniosa, intimidada. Atrás, una jovencita rubísima con un niño en brazos: era la cuñada de Parménides, la esposa de su único hermano, muchos años menor que él. Y otra mujer más, cuyo parentesco no entendió bien. Las presentaciones se prolongaron porque Parménides mandó llamar a su hijo, que era un niño de unos diez años, de aspecto y modales bastante salvajes. Y cuando estaban en eso llegó el hermano del dueño de casa a buscar a su esposa.

Perinola trataba de comportarse con naturalidad, y más o menos lo conseguía, pero estaba perplejo. Parménides se le aparecía en un aspecto novedoso: sonriente, doméstico, ingenuo. Todo lo cual ya lo había sospechado, y visto, pero en ese ámbito se potenciaba. Lo presentaba a todos como «el famoso poeta», y todos asentían como si estuvieran al tanto de su fama. El famoso poeta que colaboraría en el nuevo rumbo literario que tomaba su vida... No hacía ningún secreto de su proyecto de escritura, al contrario. De hecho, ya les había leído lo escrito por Perinola y todos decían haberlo encontrado importante, inclusive insinuaban que lo habían encontrado demasiado importante para sus mentes con escasa preparación intelectual. Los comentarios de Parménides, en presencia de la parentela y también después, a solas con Perinola, eran del tipo: «Ya entenderán, para eso he emprendido este trabajo, para difundir las luces del saber entre todo el mundo, ésas son las satisfacciones que espero obtener del esfuerzo, y lamento no haberlo emprendido antes», etcétera, etcétera, etcétera.

Perinola pensaba: «Ésa es una de las tantas diferencias que nos separan». Porque, efectivamente, para él escribir siempre había sido una actividad privada, casi secreta, de la que jamás se le habría ocurrido hablar en familia. Pero era una diferencia que a la vez que los separaba los unía, pues los hacía complementarios, lo mismo que pasaba con todas sus demás diferencias.

A la única que no conoció fue a la esposa, por la sencilla razón de que el matrimonio se había disuelto poco tiempo atrás. El dato surgió cuando se pusieron a conversar los dos solos. Parménides despidió aparatosamente a las mujeres y los niños, y a su hermano, con un decidido «¡A trabajar!», frotándose las manos. Sentados otra vez frente a frente, le explicó, no porque Perinola le hubiera preguntado nada sino por su propia iniciativa, que estaba separado. No obstante la separación, de la que no especificó las causas, la esposa seguía siendo una mujer importante en su vida. Tanto, que la disolución del vínculo no estaba firme. Se encontraban en un suspenso, reflexionando, preguntándose si no se habrían equivocado al tomar la decisión. Habían tenido que llegar a los hechos para tomar perspectiva y pensar seriamente en lo que les convenía. Sobre todo porque había un hijo de por medio; pero no sólo por él; desde el momento en que dejaron de estar juntos habían empezado a notar cuánta complicidad habían construido en los años de convivencia, y qué difícil era recomenzar ese trabajo con otra pareja. Perinola no necesitaba hablar, y no se atrevía a hacer preguntas, tratándose de cuestiones tan íntimas; se

limitaba a poner cara de interés, y debía de ponerla bastante bien a juzgar por la escalada de detalle con la que Parménides seguía relatando y explicando.

La sacudida de la separación lo había llevado a replantearse muchas cosas de su vida, en realidad todas: fue un examen a fondo, impiadoso. Le bastó tomar ese mínimo de distancia para ver hasta qué punto su existencia había seguido un rumbo prefijado por otros, por las convenciones; lo que no tenía nada de malo en sí, ya que aprovechaba la sabiduría común de la civilización y ahorraba tiempo; lo malo era haberla aceptado sin reflexión, sin ir a las raíces de las causas; simplemente, se había dejado llevar. Tenía una buena excusa en las responsabilidades que le habían caído encima desde su primera juventud. Las obligaciones públicas, y las privadas de los negocios, le habían restado tiempo para su esposa y su hijo, y a la vez la intimidad familiar, con su apariencia de consumación biológica, lo había distraído del pensamiento. El resultado había sido un círculo vicioso que resbalaba por la superficie y amenazaba con devorarle la vida entera. Le faltaba algo, y sólo ahora descubría qué: escribir. No tenía nada específico que reprocharle a su esposa, pero era una mujer que había crecido en una familia rica, su mente tenía un molde convencional del que ella no encontraba ningún motivo para alejarse, y lo había arrastrado a él, insensiblemente, a una existencia vacía, pero de un vacío lleno, demasiado lleno. El ejemplo más patente era la casa en la que habían vivido: una gran mansión que exigía un número excesivo de esclavos, con jardines, lago, y en el lago una «plancha de nenúfares» (se la describió con lujo de detalles sin que Perinola pudiera hacerse una idea precisa), con fuentes, terrazas, bosque, y tres mil estatuas.

—¿¡Tres mil!?! —exclamó Perinola con un cortés arqueamiento de cejas.

Sí, tres mil, por ridículo que pareciera. Eso debería demostrar hasta qué punto la acumulación de vacíos podía colmar, y abrumar, una vida sin sentido. ¿De qué servía tener tres mil estatuas? Las que había traído a esta casa eran una mínima muestra, ni siquiera escogidas sino levantadas y transportadas al azar. Pero volviendo al tema principal:

Creía que la relación con su ex esposa podía reconstituirse, sobre otras bases. Sólo era cuestión de poner cabeza arriba lo que había estado cabeza abajo. Es decir: recuperar una autenticidad de vida y pensamiento que sólo la escritura podía darle.

A esa altura, a medias ahogado en el fluir de la cháchara, Perinola se estaba preguntando si todo este proyecto literario no sería, por parte de Parménides, un manotazo de ahogado para darse una personalidad más interesante y recuperar a la esposa. No parecía probable, porque ella debía de conocerlo demasiado para dejarse engañar, y además porque una personalidad de escritor no tenía nada de atractivo en sí. Más razonable era suponer que la ruptura lo había dejado con un vacío, que pretendía llenar con un libro sólo porque el libro era lo primero que se le había ocurrido; lo demás venía a posteriori, eran racionalizaciones en las que por azar había intervenido la esposa. De cualquier modo, esa mujer, o más bien su desaparición, estaba en la raíz del asunto, y eso bastó para que tomara a los ojos de Perinola (a los

ojos de su fantasía, porque nunca la vio) una figura de leyenda, como la diosa primigenia de los cuentos, y en ese carácter siguió persiguiendo sus ensoñaciones durante años, aun mucho después de que Parménides la hubiera olvidado, hasta que la olvidó él también.

No llegó a conocerla (el matrimonio no se reconstituyó), y tampoco volvió a ver a los miembros de la familia que había conocido esa primera vez. Lo que entonces tomó por habitual resultó ser rarísimo; ese día había habido una reunión familiar, quizá debida a su presencia, y no se repitió, o se repitió cuando él no estaba. Parménides vivía solo, y esa casa, con su vasta magnificencia, había sido pensada como un refugio de soltero, provisorio. Aun así, la familia nunca estaba ausente porque hablaba todo el tiempo de ella. En los aspectos de su historia personal en los que participaba la familia, todo era limpio y decente, todo presentable. Las dos generaciones que lo habían precedido, tanto por el lado materno como paterno (los reyes ancestrales, y los grandes burócratas y comerciantes) habían sido ejemplos intachables de honestidad y sentido del deber público y privado. Él asumía con naturalidad esa herencia, y podía hablar de todos los temas que le concernían con la más perfecta espontaneidad. No necesitaba de lo oscuro para tener una historia completa; seguramente porque lo oscuro también se había dado con naturalidad y no necesitaba contarlo.

En esa primera reunión en la casa, en el poco rato que quedó al final de todos los comentarios precedentes, inició su relato biográfico, que no se reanudó en el encuentro siguiente ni en ningún otro, pero a Perinola le alcanzó para hacerse un cuadro que después fue enriqueciendo con datos que surgían al azar de la charla.

Por el lado paterno, que era el que importaba, Parménides descendía de un linaje de prestigio intachable. El primero en llegar a estas tierras, pionero y patriarca de la colonia, fue su abuelo, gran sacerdote que sentó paradigmas de perfección moral y social a los que debieron ajustarse sus diez hijos varones y sus numerosos yernos. La fama de este hombre se había extendido a todo el orbe, colonial y metropolitano; la sostuvo con una legendaria rectitud de proceder, que al parecer le insumió el grueso de su energía, y si bien mantuvo con dignidad a su familia, fue su hijo menor, el padre de Parménides, el que construyó la fortuna del clan, y lo hizo a fuerza de una laboriosidad sobrehumana. Sus nueve hermanos, lo mismo que sus yernos, se habían dedicado a la religión o la medicina, y todos habían ocupado posiciones eminentes, en las que hicieron honor al ilustre nombre paterno con sus conductas ejemplares. Él, el menor, se sintió desde muy joven en el deber de asegurarles un bienestar material que ellos daban por sentado y cuyos resortes prácticos desdeñaban. Se dedicó al comercio casi desde niño, y terminó dominando el tráfico de bienes de las colonias occidentales. El nombre familiar, ya conocido y respetado, se cubrió además de un matiz de opulencia, y una cosa y la otra, el prestigio espiritual y la riqueza, se confundieron. El éxito no había sido fácil, y mantenerlo menos. El padre de Parménides debió trabajar tanto, tantas eran las responsabilidades acumuladas del

transporte, la distribución, almacenamiento y venta de las mercaderías (sin contar con que debió inventar casi de la nada estos mecanismos del comercio) que no había tenido tiempo de vivir. En ocasiones el agotamiento lo había llevado a la postración. El alto nivel de exigencia moral de la familia le había impedido tomar los atajos de la conveniencia y el arreglo. No reclamó méritos para sí mismo, dejó que las bocas de la fama los acumularan sobre su ya venerable padre, y también sobre uno de sus hermanos mayores, sacerdote, al que había puesto de socio, puramente nominal, en sus empresas mercantiles.

Por ser el menor de los muchos hermanos, y por haberse casado todos éstos y formado sus familias, tomó la determinación de quedarse soltero para ocuparse de su padre. Tenía un sentido del deber muy desarrollado, y encontraba injusto que un hombre pasara una vejez solitaria después de haber criado tantos hijos. Mantuvo esta decisión hasta pasados los cuarenta años, cuando se enamoró de una bella jovencita, reina desterrada de uno de los pequeños estados montañoses de las costas vecinas. Pero antes de casarse puso en claro con ella que no abandonaría al padre, y que en caso de que se revelara con el tiempo algún tipo de incompatibilidad o conflicto entre nuera y suegro, éste conservaría la prioridad de los afectos y atenciones del hijo. No tuvo motivos para arrepentirse, pues la convivencia fue feliz. El primer fruto de la unión fue Parménides.

Pero no hubo más hijos, y ésa fue la única sombra que oscureció la dicha de este hombre ejemplar, que siempre había soñado con una familia numerosa como la de su padre y las de sus hermanos. No culpó a nadie (no era su estilo) más que a sí mismo. Su entrega fanática al trabajo se multiplicó, y la tensión que esto le producía hizo más improbable que su simiente fructificara. Tardó catorce años en hacerlo, y sólo entonces nació el hermano menor de Parménides.

De modo que la infancia y adolescencia de Parménides transcurrieron como hijo único, entre su venerable abuelo, su bella y joven madre melancólica, y su padre laborioso en exceso siempre abrumado por las tareas, sujeto a períodos de agotamiento que le ocasionaban pérdidas de memoria y depresiones. Para un niño, el espectáculo de un padre perpetuamente agobiado por las ocupaciones no podía sino crear un sentimiento de culpa que se fue exacerbando con los años. El padre se preocupó por darle una excelente educación. Como él no tenía tiempo para hacerse cargo personalmente, y su esposa era demasiado joven y montaraz, le puso un ayo, un esclavo lidio muy letrado que resultó un excelente pedagogo, además de honesto, dedicado y de buenas costumbres. De él, decía Parménides, había recibido el amor al saber que no lo había abandonado nunca.

Pero el saber, como tampoco había tardado mucho en entender, exigía ocio, o al menos una disponibilidad de tiempo que se reveló cada vez más inalcanzable. Pues el deseo de ayudar a su padre y aliviarle parte de la carga con la que lo veía agobiado, lo quemaba. Apenas salido de la infancia le hizo un planteo en ese sentido: quería dejar de estudiar y ponerse a trabajar a su lado. Aunque agradecido y orgulloso, el padre se

negó en forma tajante: no le abriría las puertas de sus despachos hasta que no hubiera terminado sus estudios. No contaba con la pertinacia del joven, que tomó al pie de la letra sus palabras e inició una frenética carrera de lecturas y cursos con los mejores maestros, y antes de los veinte años había agotado todo lo que razonablemente podía aprenderse. Entonces sí, no tuvo más remedio que incorporarlo a sus empresas, y también ahí el joven Parménides había quemado etapas. Hoy, con el abuelo muerto y el padre gozando de un feliz retiro, estaba al frente de las empresas de la familia, y las había llevado a una dimensión tal que todo lo anterior, importante como había sido, podría verse como una prehistoria precaria y conmovedoramente primitiva.

Por una lealtad que le venía en la sangre, había puesto de socio a su hermano menor. El cariño fraterno no le impedía ver las diferencias que los separaban. El hermano, hijo tardío y mimado, había renunciado de entrada a competir con esos modelos de dinamismo titánico entre los que había crecido. Se había tomado la vida con más calma, había gozado de su juventud, y seguía haciéndolo. Lo cual no le había aportado tantos beneficios, porque era un joven frívolo e ignorante, si bien, se apresuraba a aclarar Parménides, dulce y bueno. Él era uno de los primeros en los que había pensado como objeto de la pedagogía que se proponía ejercer escribiendo. Abrir los ojos de los demás como los había abierto él. Claro que era un sacrificio: debería sacar tiempo de los márgenes de sus ocupaciones, mitigar el descanso, hacer rendir cada segundo. Pero lo hacía con gusto, porque sentía que había madurado la hora de iniciar la recuperación de su vocación cultural, esbozada en los dichosos ocios de la infancia, antes de que el trabajo lo atrapara.

Perinola pensaba que la cortesía que movía a Parménides a tratarlo de igual a igual (cortesía perfecta de la que no se desmintió jamás) le impedía ver que en la materia cultural existía una tercera alternativa a la del ocio y el trabajo, y era la que representaban tanto aquel ayo de la infancia como el mismo Perinola: el ocio cultural como trabajo pago.

A partir de entonces, podría decirse que no pasó nada, salvo el tiempo. Pasaron los días, los meses, los años. El tiempo era común a todos. No había nada en el mundo que se compartiera con tanta imparcialidad. Y sin embargo, era como si transcurriera en paralelo, como si cada cual le imprimiera su propio curso sinuoso, que creaba constantemente nuevas asimetrías. El tiempo de Perinola se derramaba sobre su vida, en amplias ondas repetidas. El de Parménides parecía hecho de picos rasgados en un perenne mediodía. Aunque él habría rechazado esa descripción, y cualquier otra, porque lo único que aceptaba decir del tiempo era que «no lo tenía». Y no le faltaban argumentos para decirlo. Cada vez estaba más ocupado. Ésa fue una de las contradicciones con las que dejaba intrigado a Perinola. Desde el momento en que proclamó la decisión de moderar la actividad para hacer lugar a la meditación, su actividad se multiplicó. Por las confidencias que le hacía (y no le ocultaba nada), fue testigo de la ampliación del radio y volumen de sus negocios, y del encumbramiento cada vez mayor de su importancia como legislador, juez y oficiante. No rechazaba ninguna propuesta comercial que le hacían, ni oportunidades de sumar responsabilidades públicas; y a medida que se hacía más rico y más influyente, más oportunidades se presentaban, más propuestas le acercaban, con lo que se iba haciendo una bola sin límites a la vista.

También era el tiempo de la relación entre ellos dos. Fue una relación peculiar, porque sus mundos respectivos no se mezclaron nunca: el de Parménides en los círculos plutocráticos o sacerdotales, el de Perinola en el reducido ámbito de su origen social, de campesinos que se acercaban a los márgenes de la ciudad, y el más reducido aún, y más constante, de su pequeña familia. Pero esta exclusión mutua los unió más, y contra todo precedente hizo nacer entre ellos una amistad y una confianza que nunca decayó. No obstante, la asimetría se mantuvo. Parménides seguía diciendo (y siempre encontraba razones más sólidas para decirlo) que no tenía tiempo para nada, que robaba unos momentos para reunirse con su amigo y hablar del libro en proceso, pero en los hechos su tiempo transcurría y se renovaba, activo y colmado. Mientras que para Perinola, que no hacía nada, el tiempo se había detenido. Asegurado el sustento por los pagos puntuales que le hacía llegar Parménides a su casa, liberado de los pequeños trabajos con los que había mantenido antes su hogar, no tenía modo de percibir el paso del tiempo. O lo sentía vicariamente, en las palabras de Parménides que le contaba en detalle todo lo que hacía y pensaba. Pero nunca participó de esos relatos, que sucedían en una atmósfera que le era ajena, las alturas legendarias de políticos y magnates donde regía otra lógica; relatos que además eran perfectamente gratuitos, pues no tenían nada que ver con el «libro» que había motivado el inicio de la relación entre ellos. Como mantenía una cierta distancia crítica con su amigo, Perinola no se preocupaba por estar viviendo una vida ajena y no tener una propia. Al contrario, era como si ahora que no tenía que trabajar,

y todo se había suspendido, empezara a sentir lo auténtico de la existencia, su vacío auténtico.

A diferencia de su esposa, que alcanzaba el momento de mayor vivacidad con la caída de la noche, Perinola era un animal diurno. Se despertaba infaliblemente con la primera luz del alba, y como a esa hora todos dormían en la casa (los niños habían heredado de la madre, no de él) se quedaba largo rato acostado, la mirada perdida en el techo, los brazos cruzados y la nuca apoyada en las manos, una rodilla elevada y apoyado en ella el pie de la otra, contándose historias tontas, sosteniendo mudos diálogos imaginarios (a veces con Parménides), dejando pasar el tiempo en un estado de dichosa placidez. Cuando llegaba la primavera, un día, muy pronto, siempre sorprendiéndolo porque él se atrasaba respecto de las estaciones y creía que seguían en pleno invierno, empezaba a cantar un pájaro, tan madrugador como él. Había permanecido mudo todo el invierno, y cuando volvía a abrir el pico soltaba la misma cancioncita del año anterior. Perinola la reconocía, lo que no exigía mucha memoria. Eran apenas cuatro notas (¿o cinco?): una abajo, un trémolo, una arriba (o al revés); una pequeña frase, más hablada que cantada, que se repetía con ingenuo entusiasmo, nítida, perfecta a su modo, recortada sobre una mañana igualmente nítida y perfecta. Y a partir de entonces se repetía todas las mañanas del largo verano. Y a la primavera siguiente, cuando lo sorprendía con su regreso, la primera aurora, sonaba distinto. No distinto en el timbre o el volumen, aunque eso también podría haber cambiado, pero para decirlo habría sido necesario un oído mejor que el de Perinola, o una memoria más precisa. Lo que le parecía distinta era la disposición de las notas, como si hubiera agregado o quitado una, o intercambiado el lugar de dos. Por lo demás, lo reconocía: era el mismo canto, el mismo pájaro. Nunca estuvo seguro de que realmente hubiera un cambio. Sólo lo notaba el primer día, después seguía sonando idéntico todas las mañanas durante muchos meses, hasta los primeros fríos. ¿Había cambiado o no? Era un pequeño misterio, que no podía discutir con nadie. Si lo pensaba un poco (y no tenía otra cosa que hacer más que pensar, en esas horas deliciosas de desvelo), reconocía que nada era más probable que hubiera un pequeño cambio. Porque el pájaro tenía que ser distinto cada año, aunque él lo sentía el mismo. Era «el» pájaro, su amigo invisible, el que cantaba cerca de su casa, y nadie le respondía, ni cerca ni lejos. Pero tenían que ser generaciones distintas y sucesivas. El canto era de la especie, y cada representante de ésta podía interpretarlo a su modo, con alguna variación. ¿O no? Con un poco de atención o memoria no habría sido difícil decidir, porque ese canto era la simplicidad misma. Un esteta se habría espantado de verlo embelesarse y soñar con esa repetición mecánica de cuatro o cinco notas. No era el canto del ruiseñor, sinuoso e intrincado, ni el de esos sutiles silbadores de los días de lluvia, con sus ángulos de cristal. El arte de su pajarito era primitivo, aburrido, solamente insistente, a la larga un poco ridículo. Pero era arte de todos modos, el arte de la mañana, simplificado al máximo, y por esta misma simplificación, por estar recortado como una figurita sonora en su duermevela, quizá expresión de la felicidad.

Perinola no se consideraba feliz. No sabía por qué. A lo largo de su vida se había ido buscando explicaciones, y siempre las encontraba, pero las tenía que reemplazar cuando los hechos lo desmentían. De adolescente, se había creído condenado a la soledad: ninguna mujer lo querría, era demasiado tímido, torpe, pobre, se consideraba feo... Pero un día estuvo casado, y con hijos, y tuvo que inventarse otra razón: que su mujer no lo quería, o que él no la quería a ella; que no había viajado; que su juventud estaba pasando sin dejar recuerdos valiosos. Nada se sostenía lo suficiente como para darle la razón. Se había estacionado en el tema de la pobreza, en la preocupación perenne de darle de comer a su familia al día siguiente, y cuando eso también se evaporó, gracias al salario generoso y puntual que le pagaba Parménides, quedó en un suspenso en el que casi no se atrevía a pensar.

Haber lamentado la falta de viajes en su vida no era tan frívolo como parecía. Las teorías del conocimiento de la época, a las que Perinola adhería porque no había otras, coincidían en la necesidad de los desplazamientos a lugares extraños para enriquecer la memoria. Albergando en ésta, con la claridad vivida de la experiencia, topografías y ciudades en adecuada cantidad y variedad, uno podía adherir a cada detalle de esos panoramas un dato más del saber. Perinola estaba de acuerdo no sólo por respeto a la opinión heredada, sino porque lo había observado. Los artistas o sabios sedentarios, que los había también, eran hombres de invención, no de memoria, obligados por la falta de recuerdos a crear y volver a crear siempre los mundos de su mente.

Quizá ése era su destino. Pero no podía decidir sobre la clase de poeta que era. Si la queja, tan común en los melancólicos, por «no haber vivido», no tenía mucho fundamento, y nunca lo tiene porque al fin de cuentas todos viven, mal o bien, la queja de «no haber escrito» sí podía sostenerla, así fuera con argumentos más o menos complicados. Por un lado, en un escritor ese lamento significaba «no haber escrito bien», ya que la poesía era una actividad cualitativa, de modo que se lo podía seguir diciendo aun después de haber escrito muchísimo. En el caso de Perinola estaba doblemente justificado porque no había escrito mucho, sino muy poco. Había vivido esperando circunstancias más propicias. Desde que se habían dado, gracias a la milagrosa intervención de Parménides en su destino, escribía menos; directamente no había escrito nada, salvo aquellos versos para el «libro» de Parménides, al tercer o cuarto día de conocerlo (y eso no podía contarlo porque no era «suyo»). Pero la espera ya era una forma de poesía. El suspenso se materializaba en esa incertidumbre que lo asaltaba a veces durante el día, durante uno de los largos días del verano, o todos: ¿había sido de verdad, ese pájaro, o lo había soñado? En el fondo sabía que era verdad, y lo comprobaba a la mañana siguiente. Y aun así, el sueño persistía, coloreando lo real. Cuando todavía estaba en la cama, los ojos se le entrecerraban y una sonrisa le estiraba los labios; en su alma, había una especie de felicidad. Bromeaba consigo mismo, y con el pájaro; se lo imaginaba ubicándose en el centro del escenario de un gran teatro, ante miles de espectadores, en medio de un silencio

de pavorosas exigencias artísticas... y lanzar su cantilena, su frasecita, y repetirla una y otra vez. Su sonrisa se acentuaba, y lo llevaba a una imagen más realista: el teatro era unipersonal, el público era él solo, y el pájaro estaba dentro de su oreja, su memoria era un palacio dibujado en el aire, y el resultado volvía a ser algo parecido a la felicidad, parecido aunque no igual, pero ¿dónde estaba la diferencia?

La felicidad siempre tiene algo de anticipación; nunca está exactamente en su lugar. A veces se le confundía con la expectativa de verlo a Parménides. No había grandes motivos para ello, pues se aburría bastante con su charla hueca, con sus opiniones estereotipadas, con su seguridad en sí mismo. Se lo había aprendido de memoria, como al pájaro. Con él no podía hablar de literatura, pero tampoco de la realidad: la gente segura de sí misma y satisfecha con su vida y su pensamiento era inmune a la realidad. Y sin embargo, a pesar de todo, le gustaba ir a verlo, era una especie de lujo que le iluminaba el día. Este sentimiento persistió, en parte porque no se veían con frecuencia; al cabo del primer año habían establecido una rutina de una reunión semanal, pero a lo largo del segundo lo más frecuente era que se le presentara en la casa un esclavo (el mismo que le llevaba los pagos) para decirle que la reunión se suspendía porque el señor tenía ocupaciones intempestivas o había viajado o se iba de pesca con el hijo. El tercero y cuarto año esas interrupciones se hicieron más frecuentes y prolongadas, y llegaron a pasar meses sin verse (pero los pagos seguían puntuales). Después hubo una paulatina vuelta a la rutina semanal, que terminó haciéndose infalible; para entonces ya podía decirse que eran viejos amigos, y el hábito no hacía mella en el gusto de encontrarse, al contrario.

¿Eran amigos? Perinola no podía pensarlo de otro modo, aunque la ambigüedad de la situación le provocaba dudas. Pero la ambigüedad misma era la que no dejaba otra alternativa que la amistad, ya que no estaban haciendo nada. Un día, charlando distraído con Parménides, se le escapó la frase «mi mejor amigo» referida a su interlocutor. Parménides lo dejó pasar sin comentarios, pero lo dejó pasar con una sonrisa de reconocimiento, muy dulce a su modo, muy íntima. En la personalidad de Perinola había algo de infantil, que no iba a cambiar nunca, y ese rasgo tendía un puente.

Tenía que ser un puente largo y necesariamente precario, de un mundo a otro. Había un abismo entre la familia de Parménides y la suya, no sólo por la posición social. Perinola en realidad no había tenido familia, no había conocido a sus hermanos y no estaba seguro de haberlos tenido, su padre un humilde cabrero que se mató al caer por un barranco, la madre fugitiva... En fin, prefería no pensar en el tema. Lo poco que sabía, prefería que quedara en el secreto; su idea de la familia era el secreto, por lo que la de Parménides, en la que todo estaba expuesto a la luz del día, le parecía tan extraña y lejana, aunque comprendía perfectamente sus mecanismos y su funcionamiento. Era otra asimetría, a su modo complementaria; desde el lenguaje del silencio y el secreto él podía comprender lo que se decía; desde lo que se decía (¡y con qué insistencia!) era imposible entender los intrincados

pliegues del silencio. Alguna vez se le ocurrió que a eso podía haberse referido al escribir que en la oscuridad siempre hay algo de luz, y no al revés. Al escribirlo, en aquella noche que retrocedía en el tiempo, lo había puesto porque sí, por completar un verso, por gusto del absurdo. Y sin embargo el sentido venía. No era la primera vez que le pasaba. Le pasó con casi todo lo que había escrito aquella vez. Era como si, dado el tiempo suficiente, los hechos de la vida pudieran crear el sentido de cualquier combinación de palabras.

En otra época lo habría adjudicado a la magia creadora de la poesía. Ahora lo veía más bien como ilusión teatral, como la actualización de los textos en escena, y el «sentido» apenas como los hechos que se sucedían en lo real y en los que resonaba algo escrito en otro momento, al azar. Y en efecto, la impresión general que lo dominaba de cara a Parménides era que estaba actuando. Cuando estaba con él, en su casa, se sentía cómodo y todo andaba sobre ruedas; era como entrar en un papel que conocía bien y que se diría hecho a su medida. Era en el momento de salir, al mirar el cielo y la calle y los árboles y la gente, al emprender el camino a su hogar, cuando sentía la distancia que se había abierto entre realidad y realidad; una realidad subsistía sobre la otra, y las dos se balanceaban ante él. Era un sentimiento de irrealidad, bastante justificado porque se había introducido en un círculo social e histórico ajeno sin haber hecho nada especial, por el puro capricho de Parménides, y sobre todo porque estaba haciendo un trabajo que no era un trabajo, escribiendo un libro que no estaba escribiendo, y que aun en el caso de escribirlo no lo escribiría él (¿quién, entonces?). Todo era irreal, y si bien esto podía parecer insostenible o hasta angustioso, también contenía un elemento de libertad como nunca lo había conocido, y que se le antojaba muy poético. Se decía: «Estoy viviendo la poesía». Debía de ser por eso que no la escribía. Se cumplía, por un torcido rodeo, algo que había notado desde el comienzo: la diferencia básica entre las personalidades de él y su amigo consistía en que él era un intelectual típico que necesitaba pensar cada cosa antes de llevarla a la práctica, pensarla tanto que no la realizaba nunca, mientras que Parménides era el típico hombre de acción que quería ver las cosas hechas y en marcha ya mismo, sin darse tiempo a pensarlas. Los dos encarnaban esos tipos clásicos casi con exageración. La lógica indicaba que podían (y debían) complementarse. Pero la vida no siempre obedecía a la lógica, y el resultado de la complementación fue una obra infinitamente postergada y un hechizo general de espera.

A todo esto, Parménides no olvidaba su proyecto, y no había vez que se reunieran que no lo sacara a la luz, siempre con la misma convicción y siempre con las mismas ideas y hasta las mismas palabras. Era como si cada vez se hubiera olvidado de que todo eso ya lo había dicho antes, y lo redescubriera y expresara como una novedad. Por supuesto, estas «ideas» eran la misma falta de ideas que había manifestado al comienzo: se le ocurría, con la felicidad clamorosa de un hallazgo, que su libro debía ser «conciso», «interesante», «útil», y otros tantos adjetivos que seguían sin decir nada sobre los contenidos. A veces se le ocurría uno nuevo, por ejemplo «ameno», y entonces entraba en un período de dar la lata con los beneficios de la amenidad y lo nefasto de su ausencia, totalmente compenetrado con la necesidad de que su libro fuera ameno.

Así había sido el primer día; así siguió siendo. El paso del tiempo no lo afectaba. Era de esos hombres que de tan seguros en sí mismos, de tan satisfechos que están de ser como son, no cambian nunca. Se felicitan de todo lo que son y hacen, sin excluir su capacidad de evolución; pero ésta, si bien es real, tiene lugar sobre lo inmutable, no sobre lo cambiante. Perinola, que llegó a conocerlo muy bien, no creía que fuera mera fatuidad; lo veía más bien como el resultado de no haber tenido nunca que avergonzarse de nada, de no haber tenido que ocultar nada. No era la autosatisfacción de los tontos, aunque se le pareciera. Parménides no era ningún tonto. Ahí había otra contradicción intrigante. Contento y colmado con su persona, se cerraba sobre sí mismo, y al mismo tiempo sentía que le faltaba algo y salía a buscarlo en la literatura. Las contradicciones producían parálisis, pero en este caso la paralizada era la literatura, no él.

Ahora bien, la pregunta que correspondía hacerse era si de verdad había empezado un proyecto literario. Habían pasado los años (cinco, seis, siete) y no habían escrito nada, salvo aquellos versos de prueba que Perinola redactó al comienzo de todo. Nunca habían hablado de esos versos. Parménides los había aceptado sin restricciones, los había aceptado como obra suya, como cabal expresión de su pensamiento, los había mandado a copiar y hecho leer por todos sus parientes y conocidos. ¿Qué habría visto en ellos? Por lo que recordaba Perinola (no había guardado una copia), se trataba de una acumulación casual de lugares comunes y ripios sobre el Universo y la Luna y la Luz y la Oscuridad y el Sexo. ¿Lo habría encontrado «útil», «ameno», «interesante»? ¿O acaso le daba igual? ¿Le bastaba con que estuviera escrito?

Era asombroso lo que había pagado por esa bazofia. Haciendo la suma de los sueldos que se habían sucedido desde entonces, suma siempre aproximada porque el tiempo se le confundía, Perinola llegaba a cifras que para él eran enormes. Quizá Parménides, siendo tan rico, no tenía una noción clara del valor del dinero. Pero sí la tenía, le constaba por algunas observaciones que le había oído aquí y allá. Por

supuesto, los valores eran relativos, porque la cifra «enorme» que daban sus cuentas no iba más allá del precio de un esclavo de calidad, y de éstos Parménides tenía un número incontable, siempre estaban apareciendo nuevos en su casa. Aun así, seguía siendo mucho dinero, una providencial lluvia de oro que se había derramado sobre un poeta pobre... y su familia. No era del todo exacto que Perinola no pudiera calcular el tiempo que llevaba en este empleo, pues tenía un punto de referencia: su hija menor, que había nacido, lo recordaba bien, pocos días antes de que Parménides lo convocara por primera vez. El bebé había crecido, había aprendido a caminar, a hablar, a jugar, y ya era una bonita niña, la favorita de su padre. Perinola veía en ella el tiempo mismo, en toda su belleza y riqueza, el tiempo de los años más felices de su vida. No sabía si esta sensación de dicha se debía sólo a la seguridad económica que le había dado el empleo, o también al afecto que había tomado a su empleador. Quizá (seguramente) había algo más, algo suyo propio: eran los años en los que había madurado. Una cosa iba por la otra. Había tenido la tranquilidad necesaria para madurar, y le había gustado hacerlo. Parménides había hecho por él lo que no había hecho la poesía, ni el matrimonio, ni los hijos. Quizá se debía a que él no estaba hecho para madurar de un modo convencional, como los otros hombres. Su maduración había sido más bien una «minorización». Ante Parménides él se había ido ubicando como un niño ante el padre. Se apreciaban, se respetaban, confiaban uno en el otro, pero no podían pretender ninguna forma de igualdad. A otro la situación se le habría hecho incómoda a la larga, o incluso humillante, pero a Perinola le iba a la perfección. Era como si su forma perfecta fuera la de niño, de niño mundano e inteligente, a la vez dentro y fuera del mundo adulto. Había habido mil posibilidades contra una de que la vida le permitiera llegar a esa forma, pero era lo que había pasado. Había tenido una suerte increíble.

Esa suerte había colaborado a que también madurara como poeta. No porque escribiera: no lo había hecho en todos estos años; ni por un instante había sentido el impulso de escribir. Quizá era necesario que no escribiera para que su visión se aclarara y sus ideas se asentaran. No habría podido decir qué veía esa visión, ni qué pensaban esas ideas, pero el mundo se le revelaba todos los días en su variedad constante, en sus pasajes y sus fugaces invenciones, y todo le hablaba, como una poesía.

Por otro lado, o por el mismo, su relación de minoridad con Parménides no podía serle penosa porque nunca perdía la lucidez, el discernimiento acerca de lo que eran uno y otro. El cariño, aunque sincero, no impedía la ironía, ni ésta el cariño. Había una mezcla que potenciaba a ambos. Todo se jugaba en la distancia que los separaba.

Porque, descontados los sueños intelectuales, ¿qué eran Parménides y Perinola? Un rico y un pobre, ni más ni menos. Un rico y un pobre que se sentaban a charlar una vez por semana, como buenos amigos. Para ellos había llegado a ser algo natural, y sin embargo en la realidad no lo era. Perinola no podía explicarlo bien, pero sentía que pobres y ricos no entraban en relación nunca, y que el caso de ellos dos era una

singularidad sin precedentes. Se había dado por el «trabajo», y por sus características únicas; porque no era un trabajo de verdad, pero funcionaba como si lo fuera.

Se le ocurría que debía de ser la primera vez en la historia que sucedía algo así, y el mérito era de Parménides, que había tenido la idea; en esa invención parecía haberse agotado su poder creativo; quizá el agotamiento era lo menos que podía esperarse, dada la originalidad insólita del paso dado. Si era así, si Parménides había plantado un mojón en el desarrollo de la humanidad, lo había hecho por su esencia de rico. Perinola era el único que estaba en posición de verlo y apreciarlo.

Podría haber apostado a que nadie había pensado antes en la naturaleza de los ricos. Tendrían que haber hecho la experiencia, y no cualquier experiencia, sino la que se daba en el plano peculiarísimo que establecía su «trabajo».

La diferencia entre pobres y ricos era cuantitativa; dependía de la cantidad de dinero que tuviera cada uno. El dinero servía para facilitar la existencia en la sociedad civilizada. Suponiendo la menor cantidad de dinero que alguien pudiera tener, o sea, nada, ese pobre absoluto tendría que hacerlo todo por sí mismo, y si quería llegar a tener un objeto que hiciera más cómoda su vida, como una silla para sentarse, tendría que ir a la Naturaleza a buscar la madera o la piedra con que hacer su silla. Si estaba en la categoría de los pobres que tenían algo de dinero, quizá podría comprar las tablas con las que hacerse una silla; si tenía algo más de dinero podía comprar una silla ya hecha y pintarla él; y así sucesivamente, hasta llegar al rico que compraba una silla ya hecha y pintada y decorada y con cojines, es decir, el objeto completo, sin hacer nada. Esta gradación podía extenderse, más allá de las sillas y objetos semejantes, a todos los órdenes de la vida. Podía extenderse a los objetos intangibles: los ricos compraban la felicidad ya hecha, sin necesidad de pasar por el laborioso proceso que a los pobres les llevaba gran parte de la vida.

Parménides le había mostrado el modelo del rico que había nacido rico, en una familia y un medio de ricos, con lo que encarnaba esa mentalidad en grado sumo. De hecho, él estaba en el nivel «extrarrico»: ni siquiera debía molestarse en comprar la silla porque ya la tenía, se la había comprado un mayordomo. En él, como ejemplar perfecto y extremo, la generalización de la compra de lo ya hecho se extendía a todo, sin excepciones; incluía hasta a las ideas, que Parménides encontraba natural tomar de alguien que ya las había pensado antes; ¿por qué no iba a ser así, si toda su vida él había comprado todo ya hecho hasta el último detalle de su elaboración? Opiniones, gustos, frases, reacciones: todo entraba en el mismo flujo de adquisición por el que habían venido camas, comidas, ropa, casas.

¿Qué tenía de extraño entonces que al querer escribir un libro lo «comprara» ya escrito? Sólo que no se le hubiera ocurrido a nadie antes. En este caso, el mecanismo de su mentalidad de rico había actuado a pesar suyo, porque él se había propuesto escribir realmente el libro, si bien con ayuda de un escritor profesional; pero su naturaleza se había impuesto a sus intenciones y lo obligó a dejar que lo escribiera otro; no podía contemplar el libro sino como algo ya hecho y listo para su publicación

y distribución. De ahí su pasividad, que tanto había intrigado y torturado a Perinola durante años.

Simplificando las circunstancias accesorias, la diferencia estaba en el tiempo: los pobres lo recorrían paso a paso y completamente, los ricos daban saltos, y se ahorran todo lapso preparatorio. El único terreno en el que confluían las dos líneas, la continua y la discontinua, era la literatura, de la que un símil adecuado sería el de una dama rica casada con un hombre pobre. Volaba directamente, con alas de libélula, a las realidades del sueño, pero llegaba a ellas gracias a la laboriosa travesía de caracol que cubría las distancias palabra por palabra. Aun sin la persuasión del símil, era evidente que la literatura participaba de lo hecho y lo por hacer, no sólo en su proceso de creación sino siempre. O mejor dicho: se hacía evidente ahora, gracias a Parménides. Lo que Perinola había tomado por vanidad, o por irreflexión, o por mera tontería, se volvía un hecho histórico y fundador. Tocaba un origen, y lo realizaba. En el futuro, quizá en un futuro muy lejano, habría que decidir si la literatura la hacían los ricos o los pobres. Por el momento era imposible saberlo; dependía del camino que tomara la evolución del mundo. ¿Persistiría la diferencia entre ricos y pobres? ¿Habría más de unos, o de otros? Necesariamente, el curso de la civilización debía llevar a una mayor abundancia de ricos; el avance de la civilización era eso justamente: un alejamiento de la Naturaleza y una mayor cantidad de cosas ya hechas. Pero por supuesto tendría que seguir habiendo pobres para que hicieran las cosas, y quizá aun cuando las cosas estuvieran todas hechas todavía seguirían existiendo, aunque más no fuera para que no quedaran blancos en la cadena de la elaboración. Y en el corazón de esta alternancia y coexistencia del hacer y lo hecho estaría la literatura, al menos tal como la habían inventado (sin querer) los dos amigos.

A partir de cierto momento empezaron a pasar cosas en la vida de Parménides. ¿O siempre habían estado pasando, y sólo entonces Perinola empezó a enterarse? Si era así, algo de la culpa de este retraso de la percepción le correspondía, porque era muy poco observador; distraído como vivía en sus ensoñaciones poéticas, lo que no se lo decían lo ignoraba. El resto de la culpa era de Parménides, que rara vez descendía al terreno de lo concreto, por sentirse tan intelectual y tan profundo en la abstracción o la generalización, aunque en él éstas no eran más que banalidades del dominio público. Y si en medio de su charla se deslizaba por casualidad alguna información, Perinola no hacía ningún esfuerzo por insertarla en un cuadro más amplio. Además, el radio de acción de su prominente amigo era tan vasto, abarcaba tantos campos diferentes y eran tales los volúmenes de riqueza e influencia que movía, que Perinola se extraviaba. Después de todo, a él lo único que le importaba era que le siguiera pagando.

Aun así, hacia el séptimo u octavo año de la relación empezó a advertir que Parménides se había hecho mucho más rico y más importante, y que estaba tomando medidas para asumirlo. Un día le dijo que había decidido mudarse a «una casa», lo que sonaba raro porque ya vivía en una, y grandiosa. Por el tono en que lo dijo, y en que siguió contando sus proyectos (un tono decidido, de tipo «pongámonos serios»), adivinó que había algo más que una mera mudanza, algo relacionado con su situación personal o familiar. El razonamiento parecía ser más o menos el siguiente: después del divorcio, se había trasladado a una morada provisoria, a un refugio de soltero accidental, y allí se había dejado estar, atento a una esperanza de reconciliación, y una vez extinguida ésta se quedó, porque sí, por falta de tiempo y ganas de ocuparse de las conveniencias. De pronto notaba que estaba viviendo en un lugar impropio a su importancia y a su papel social y religioso. Ya era hora de poner fin a esa situación.

Lo que no dijo, aunque Perinola no tardó en saberlo de todos modos, era que la inspiración le venía de una mujer. La vida sexual de Parménides debía de ser tan intensa como se lo pidiera el cuerpo, de eso no cabía ninguna duda. En el servicio de su casa aparecían periódicamente bellas esclavas perfumadas sin otra función visible que deslizarse por los pasillos o cuchichear en los rincones. Pero también hubo indicios de relaciones más serias con mujeres del círculo elegante que frecuentaba Parménides, que era muy parco en sus confidencias; cuando decía que a su joven amigo y empleado «no le ocultaba nada» no faltaba a la verdad, haciendo la salvedad de que se refería a sus opiniones y sus «ideas», es decir, lo único que consideraba digno de ocupar su lengua.

En uno de estos casos hubo más que indicios, pues se trató de un noviazgo que dio que hablar al público. Ella era una celebrada belleza, divorciada también, de andanzas muy comentadas. Se habló de boda, en algunos corrillos se la daba por segura, y el suspenso duró cerca de un año. A pesar de hallarse tan cerca de la fuente

primaria de información, Perinola también estuvo en suspenso, seguramente porque el mismo Parménides lo estaba. La decisión dependía de él. La llamaba «la zorra», y hacía comentarios irónicos sobre la presión matrimonial que ejercía sobre él, tanto ella como su madre, la «zorra vieja». Esta presión, él no se engañaba, tenía por objetivo su plata; porque esa dinastía de zorras debía de tener aprietos financieros para mantener su vida rumbosa. No obstante, no la descartaba de plano. Le hacía a Perinola la exposición de sus virtudes: era «divertida», no carecía de inteligencia (quizá tenía demasiada), podía ser una buena compañera... Pero nadie llama «zorra» a la mujer que se propone hacer su esposa, y efectivamente el noviazgo quedó en la nada.

Después hubo otras. Un día le habló de una princesa etrusca con la que se sentía «muy cómodo», muy «a gusto», y ahí quedó. Pero con el tiempo (fue la época del cambio de casa) la princesa volvió a aparecer en su boca, y llegó a tener un nombre (Rosetta) y pareció haberse instalado seriamente en su vida. De ella no hizo lista de virtudes.

Cuando se efectuó la mudanza a la casa nueva, hubo un blanco en las reuniones que duró casi dos meses, y cuando al fin apareció el esclavo de siempre a decirle que su amo lo esperaba esa tarde, le dio las coordenadas del nuevo domicilio. Perinola, que tenía el síndrome infantil de desconfiar de todos los cambios, fue con cierta aprensión. Pero Parménides no había cambiado, al contrario: el marco distinto lo hacía parecer más igual que antes.

La casa no sólo era mucho más grande y majestuosa, sino de un gusto más refinado, más al estilo antiguo; había un verdadero salto cualitativo, que le abrió los ojos a Perinola en varios sentidos. Fue en esa primera ocasión que conoció a Rosetta. Estaba viviendo allí, y había tomado a su cargo la organización de la casa. Eso no se lo dijeron, pero lo adivinó. No la vio mucho en lo sucesivo. Ella vivía en un ala del edificio, con una corte numerosa, y solía alojar a sus padres, que venían del norte a visitarla, y a su hermana melliza, casada con un magnate jonio cuyos arribos eran celebrados con fastuosas fiestas.

Tiempo después Parménides lo sorprendió preguntándole qué impresión le había causado Rosetta. Perinola respondió con un par de frases corteses y cautas, consciente de que si intentaba decir la verdad podía parecer exagerado. Parménides sonrió: a él sí que no podía ocultarle nada. Le dijo que la buena impresión era mutua; él también le había caído bien a Rosetta, y agregó que ella estaba buscando un tutor para completar su educación, con algunas lecciones de retórica... ¿Él estaría dispuesto a aceptar la tarea? ¿Tendría tiempo? Esta última era la pregunta fundamental para su jerarquía de prioridades, aunque no para la de Perinola, a quien le resultaba tan ajena que la descartó mentalmente y ni siquiera le respondió. Parménides tomó su silencio por una evaluación de dificultades de horario e insistió: ¿no podría hacerse un hueco en sus ocupaciones, una horita, un rato, una vez a la semana? No pedía mucho, sólo lo que le fuera posible, y a él le haría un gran favor...

Perinola jamás se planteaba la cuestión del tiempo; lo tenía todo a su disposición, siempre lo había tenido. Como vio que el otro se lo decía en serio tuvo que responder; estuvo a punto de exclamar: ¡Pero si no hago nada! Se contuvo a tiempo. Sí, tenía tiempo, encontraría un rato, y lo haría con mucho gusto. Las dudas que lo hacían vacilar iban más bien por el lado de su capacidad. Nunca lo había hecho, su propia formación era defectuosa... Parménides hizo a un lado esos escrúpulos. ¡Por favor! Le sobraba capacidad, su cultura era universal, y lo que pretendía su joven amante era apenas una puesta al día, un andamiaje más o menos sistemático sobre el que su inteligencia y su sensibilidad, que las tenía, pudieran seguir edificando su personalidad. Esto le dio pie para embarcarse en un largo discurso, que pronunció con la seguridad de siempre, sobre la evolución desigual de los individuos en el matrimonio, efecto de la disparidad de actividades; el desarrollo intelectual del hombre estaba sometido a los cambios políticos y culturales de la sociedad, mientras que la mujer se iba fijando en las verdades inmutables del sentido común doméstico y biológico. Al cabo de unos años, en lugar de haber construido una comunidad de intereses, eran dos extraños. Concluía en lo inevitable del divorcio. Resumido así su discurso, que él extendía en infatigables repeticiones, sonaba bastante sensato. No obstante lo cual Perinola, que era el que hacía mentalmente el resumen, se daba cuenta de que sólo se sostenía aplicado a alguien que lo adquiriría todo hecho, tanto el matrimonio como el divorcio. Para los que debían hacer por sí mismos tanto una cosa como la otra, no era tan fácil ni tan claro; por lo pronto, no admitía resumen alguno ni había quien lo hiciera.

Lo cierto fue que pocos días después se reunió por primera vez con Rosetta, para establecer un plan de estudios. No había mentido al decir que emprendía la tarea con gusto. Después de tantos años de no hacer nada con Parménides, esto era algo, algo concreto. Quizá sí había mentido, sin querer, al decir que no estaba preparado, porque en realidad, como creyó comprobarlo en los días previos al primer encuentro, en toda su vida no había hecho otra cosa que prepararse. Y si nunca le había enseñado nada a nadie, más tenía para enseñar porque todo ese potencial se había ido acumulando sin uso. Esos días los empleó en largas caminatas por el bosque (estaba demasiado excitado para quedarse quieto) hilvanando discursos mentales sobre la poesía y la lengua, sobre la Historia y la Naturaleza, sobre Homero... Buscaba los modos fáciles de transmitir algo difícil. Pero en el proceso de busca advertía que las dificultades eran un espejismo, que se disolvía al contacto de una facilidad superior. Los dioses, por ejemplo, que eran la dificultad suprema, se desplegaban en la poesía como una tela que hubiera estado caprichosamente doblada, y lo que quedaba eran las marcas de los dobleces, triángulos y cuadrados, una geometría infantil. Se internaba en las visiones que le proponían los símiles que inventaba, y los símiles de los símiles, hasta perderse en un laberinto que también se disolvía en la transparencia.

Rosetta se reveló muy amable, dulce, atenta, y no poco inteligente. Era un placer conversar con ella. Captaba al instante todo lo que él le decía, y las preguntas que

hacía a continuación mostraban interés y comprensión. Su cortesía era perfecta. Pero todo en ella era perfecto. Su belleza era, efectivamente, sobrehumana e indescriptible. Era muy joven, con algo del encanto de la niña todavía, aunque altísima y con formas voluptuosas. ¿De dónde había sacado ese aplomo, esa fluidez en el trato? Era algo que no se adquiría en años, sino en siglos. Frente a ella, Perinola empezaba a hacerse una mejor idea de los motivos que había tenido Parménides para elegirla, o para llegar a ella. Rosetta estaba en otro nivel de aristocracia, pertenecía a un mundo de antiguos reyes, de intrincados linajes de poder y sabiduría, de cortes refinadas y ceremoniales primigenios. Al lado de ella, Parménides era un advenedizo, un nuevo rico, y sólo ahora, en la reciente multiplicación de su riqueza y después de un largo aprendizaje social, podía permitirse la adquisición de una joya semejante. Hasta entonces Perinola había visto a los ricos como un bloque homogéneo; ahora se enteraba de que había diferencias, superioridades que sólo se percibían desde adentro. Llegó a preguntarse si no habría un nivel todavía más alto que el de Rosetta. Quizá sí, pero no podía imaginárselo.

Rechazaba la idea, que lo rozó, de que fuera una maniobra de ascenso que Parménides hubiera pensado fríamente. Lo quería lo bastante, y lo conocía demasiado, como para sospecharlo de una bajeza. Pero el ascenso era indudable, se sentía al trasponer el umbral de la nueva casa. En contraste, las magnificencias anteriores se veían como un ensayo, improvisado y provinciano; la riqueza, la prominencia política, le habían servido nada más que para ver que había un escalón superior, o más bien un cambio de escala, que ahora estaba efectuando. La historia previa quedaba como un secreto que compartían ellos dos, y los unía más; por eso, y no sólo por lealtad o amistad, Parménides había querido incorporarlo a su nueva vida.

La sospecha del cálculo no hizo más que rozarlo, pero aun después de hacerla a un lado dejó un residuo melancólico, que siguió en el fondo de su renovada fascinación por la belleza y dulzura de Rosetta. Con todo el cariño que sentía por Parménides, Perinola lo consideraba incapaz de amar. El amor era algo que había que hacer, era una de las pocas cosas, quizá la única, que no venía hecha. Por supuesto que Rosetta no se resentiría, ni se enteraría tan siquiera, porque ella tampoco sabía de la existencia de cosas que había que hacer por uno mismo. Y, pensaba Perinola, quizá la vida sería tan compasiva como para no darles nunca la ocasión de percibir esa falta (¿con quién iba a ser compasiva si no era con ellos?).

En las clases que le daba a Rosetta se le planteó un problema curioso. Nunca lo había hecho antes. Nunca había tratado de explicarle a nadie lo que era la poesía y cómo funcionaba. Pero se había pasado la vida explicandoselo a sí mismo. Lo hacía cotidianamente, en largos soliloquios con variaciones. Pero nunca se le había ocurrido pensar que esas explicaciones se dirigían a alguien que ya lo sabía, porque giraban en el circuito cerrado de él mismo. La bella Rosetta era la primera en oírlo, el primer otro en oír lo que él siempre se había estado diciendo. Y sintió que era imposible que lo entendiera. No porque se explicara mal, ni porque ella no tuviera la

inteligencia suficiente, sino porque esa materia (la poesía) sólo se hacía entender en el círculo redundante del soliloquio. Y sin embargo ella lo escuchaba con atención, y asentía, y sus comentarios mostraban que captaba perfectamente todo lo que le decía. La situación tenía algo de paradoja mágica. Entender las partes no equivalía a entender el todo, aunque el catálogo de partes fuera exhaustivo. Los poemas, tanto los escritos como los por escribir, podían entenderse, pero la poesía seguía oculta, indescifrable.

Sea como fuera, las clases no duraron mucho; unos pocos meses, y con interrupciones por viajes o compromisos. También había interrupciones durante las clases: esclavos que venían a pedir instrucciones, familiares, visitas. Rosetta tenía innumerables obligaciones, que despachaba con perenne calma y eficiencia, sin abandonar nunca su sonrisa y sus buenos modales. Se terminaron definitivamente poco antes de la boda. Pues se casaron, ella y Parménides, y lo celebraron con una gran fiesta y un largo viaje.

El matrimonio era el resultado lógico del proceso, y Perinola lo había dado por sentado. Sin embargo, en las semanas previas a la boda Parménides le confió algunas dudas de último momento. ¿Por qué sería? ¿Tendría temor al fracaso, como ya le había sucedido una vez antes? En realidad no hubo confidencias muy específicas, y las «dudas» quizá no fueron más que interpretaciones de Perinola. Aunque no eran pura fantasía; salían naturalmente de gestos o palabras de Parménides, tan inconexos que no podían indicar otra cosa que una preocupación secreta. Por ejemplo, cortaba de pronto el chorro de su verborragia, se quedaba pensativo, mirando el vacío, y le preguntaba, a propósito de nada, si no le parecía que Rosetta era demasiado joven. O le contaba que había empezado a sufrir de insomnio: se despertaba en mitad de la noche y se quedaba dando vueltas en la cama hasta la mañana; cuando empezaba a adormecerse, al alba, empezaba a cantar ese pajarito... No hubo mucho más. Quizá era sólo la lógica inquietud de cualquier hombre a punto de casarse.

Los hechos siguieron su curso. Un año después nació una niña. Perinola lo felicitó sinceramente, pensando en su propia hija. El acontecimiento tuvo repercusiones de largo alcance. Vino a Elea una delegación de reyes continentales, a celebrar alianzas jurídicas en nombre de la recién nacida, y una comitiva de sacerdotes lacustres y fluviales a ungir la. Perinola sólo la vio una vez, casualmente, cuando ya tenía dos años.

A lo largo de todos estos procesos, Perinola había temido más de una vez que su nuevo estatus alejara a Parménides de su ya añejo proyecto literario. Después de todo, el libro no se había escrito, y tal como iban las cosas parecía que nunca iba a escribirse. Pero no fue así. Volvía periódicamente a su vieja idea, siempre nueva porque siempre estaba en el punto de partida, siempre vacía. Él tampoco cambiaba. Tenía una prodigiosa capacidad de renovación, una mezcla de olvido inocente y memoria maniática.

El joven poeta, ya no tan joven, empezó a preguntarse seriamente por ese «libro» que se le había hecho legendario. Estaba seguro de que si un día lo escribía y se lo llevaba a Parménides, éste lo aceptaría tal como estuviera, lo haría copiar y difundir como propio (quizá sin leerlo tan siquiera) y estaría muy contento como «autor»... Pero ¿qué libro? ¿Un libro sobre qué? Era la imposibilidad de responder a estas preguntas lo que le había impedido escribirlo. Al principio había esperado averiguarlo, después había renunciado, después había vuelto a esperar, en otro plano de espera, y ya todos los plazos razonables se habían cumplido.

¿O era otro el motivo de la demora? Había uno muy obvio, en el que no le gustaba pensar porque tenía un regusto mezquino: si lo escribía, su empleo terminaba... Pero eso ya no tenía importancia. A esta altura podía confiar en la protección vitalicia de su amigo. Y como lo que le había estado pagando durante todos estos años quedaba tan por encima de sus necesidades, que seguían siendo modestas, había podido ahorrar, y tenía de sobra para vivir muchos años, quizá tantos como le quedaran de vida.

Cuando pensaba esto último, se abría ante él un panorama de ensoñación. Porque otra cosa que había quedado postergada además del «libro» era la obra de Perinola, su poesía, la justificación de su existencia. Entonces todo el razonamiento se invertía: el «libro» de Parménides, inexistente a un grado en que pocos libros pudieron serlo, hacía obstáculo, era como una gran nada que no podía atravesar. Si lo escribiera...

Claro que ahí volvía al principio: ¿escribir qué?

Para eso sí tenía una respuesta: cualquier cosa. Por momentos pensaba que Parménides simplemente estaba esperando. Nada más que eso. Esperaba que Perinola escribiera «cualquier cosa». Pero ¿alguien podía esperar tantos años, sin dar ninguna señal de que estaba esperando, sin mostrar ninguna impaciencia? Quizá sí. No podía descartarlo. Aun así, le parecía tan absurdo que no se decidía a hacer nada.

Todo llega, y un día le llegó la decisión de escribir, por sorpresa, intempestiva, casual. En realidad no decidió nada, sino que escribió directamente. Quizá debía ser así. Se pasaba el tiempo decidiendo escribir, y no escribía. Tenía una fantástica capacidad de postergación, y las decisiones, aun las más serias y planificadas, eran parte del mecanismo de postergación. De modo que para que lo hiciera tuvo que llegar ese momento en que, por estar distraído o desocupado, se saltó la decisión y lo hizo, sin más.

Fue una tarde en que no tenía nada que hacer. Nunca tenía nada que hacer, pero ese día menos. Como estaba lloviendo, no podía salir a caminar. Los chicos tampoco podían salir a jugar, y se habían puesto insoportables. Buscando una postura desde la que pudiera reclamar un poco de paz, se sentó a la mesa y desplegó sus útiles de escribir. Para verosimilizar, y mantener en el tiempo la comedia, escribió realmente, cualquier cosa, sin pensar, unas palabras al azar, con las que de pronto se dio cuenta de que sin querer, y cambiándolas de ubicación, había hecho un verso. No significaba nada porque era un verso, no una frase; pero a ésta podía completarla con otro verso. El sentido, aunque disparatado, se armó solo. De inmediato le vino otro verso a la cabeza, otra media frase, que completó con un cuarto verso, y entonces se le ocurrió que, ya que se había puesto y estaba saliendo, podía hacer algo y llevárselo a Parménides. No sería difícil hacerle creer que lo había hecho como un resumen de las ideas que habían ido apareciendo en el curso de sus conversaciones. Todo podía pasar por fragmento de un libro que nunca había tenido nombre ni tema ni intención. Además, estaba seguro de que no lo leería: lo aprobaría a priori, por el solo hecho de que se viera en hexámetros, sin molestarse siquiera en confirmar que los acentos estuvieran bien puestos. (Lo estaban, pero sólo porque para Perinola era demasiado fácil; le era más fácil ponerlos bien que mal.)

Los versos que se iban acumulando no tenían mucho sentido, o ninguno. Mejor así. Se prestaban a cualquier interpretación. Y no era tan difícil darle un sentido, o acentuar de modo intrigante o sugerente su sinsentido, precediéndolos de versos que anunciaran alguna palabra o giro. Lo hizo: escribió unos versos «anteriores» y después otros anteriores a éstos, y después otros que seguían a los que había escrito en primer lugar. Siguió así, alternando, escribiendo desde el centro hacia el comienzo y el final. Nunca había probado de escribir de ese modo, siempre había dado por supuesto que se escribía en una sola dirección, empezando desde el principio. Y quizá realmente se hacía así. Lo que estaba haciendo ahora se parecía más a dibujar que a escribir, y sólo debía de ser posible hacerlo con palabras cuando se escribía sin un sentido a la vista.

Pero las palabras (como seguramente las líneas de un dibujo, en otro plano) tenían su propia lógica, y el texto mismo empezó a crear un sentido. Perinola se montó a él con la mayor naturalidad, desde el momento en que se dio cuenta de que ese «centro»

que se había escrito por sí solo conformaba una descripción, una escena. Se hizo cargo de lo que seguía (y precedía), como si hubiera habido una intención de su parte; y en tanto la asumía, la había de verdad.

La descripción que había aparecido era la de una superficie vacía que se extendía sin límites visibles... Le pareció el mejor punto de partida posible, si de lo que se trataba era de escribir «cualquier cosa», pues esta premisa incluía tanto al todo como a la nada. La superficie vacía, por estar vacía, no tenía nada, pero también podía contenerlo todo (mejor que lo que contenía «algo») como inminencia o amenaza. En un segundo nivel, no estaba describiendo otra cosa que su propia situación, ante un patrón que le pedía que escribiera un libro y no le decía qué libro quería.

Pero no se demoró pensando en dobles fondos o alegorías porque ya el argumento visible lo arrastraba y le dictaba la continuación. Recordaba, de cuando escribía (y el recuerdo le traía la extensión de tiempo que había pasado sin escribir), que siempre pasaba así: del más pequeño agujero de la imaginación podían salir figuras y palabras sin fin, una riqueza innumerable por la que no había más que dejarse llevar. Esta facilidad sobrenatural devaluaba un poco la idea del trabajo. Bastaba tocar la nada con la punta del dedo para que brotara el todo.

Podía deberse a la presión acumulada durante estos años sin escribir, sobre todo porque habían sido años en que había vivido en un clima espiritual de escribir. En realidad, escribir y no escribir se parecían mucho, ésa era la lección que le había dejado su colaboración con Parménides. Durante toda su juventud Perinola había escrito, había escrito mucho, y no le había servido de nada. Desde que empezaron a pagarle por escribir, no había escrito nada (no por culpa suya) y había ganado plata, había ganado un amigo, su vida se había transformado para bien, con todos los beneficios que antes esperaba de la escritura. En cierto modo, no hacerlo era hacerlo de verdad, en la realidad. La explicación de esta paradoja debía estar en el estatuto ambiguo de la literatura respecto del mundo real.

Sea como fuera, la «superficie vacía» que quedó en el comienzo (o sea: en el centro) de su borrador, estalló en evocaciones y fantaseos, como una llanura del país de los sueños, por donde corrían las bestias invisibles de las formas. Era el blanco, el vacío, que lo recibía todo, y seguía siendo nada. Eran tantas las sugerencias que le traía, tantos ritmos (que sólo pedían palabras para sonar realmente) se entrecruzaban en su cabeza, que sentía como si pudiera escribir al mismo tiempo los versos que anticipaban desde lejos la llegada a esa llanura y los que relataban sus paseos por ella. Y más o menos empezó a hacerlo. Pero cuando todavía estaba en la descripción preliminar de la superficie notó que algo fallaba... O ni siquiera lo notó, no era necesario notarlo, la escritura lo hacía por él. Un verso sobre la extensión de esa superficie debía mencionar los ángulos que la delimitaban, es decir, que no la delimitaban porque no tenía límites. Lo que tenía que decir de los ángulos es que no los había... Pero si no los había era porque la superficie no tenía superficie, o más bien: todo era superficie, un continuo de superficie que no cesaba... No. No podía

seguir por ese camino negativo porque se quedaba sin nada que decir antes de empezar a decirlo. Quizá había un modo de volver positiva la anulación, de hacer productivo el vacío... El problema estaba en la «superficie», y después de todo, no era más que una palabra. La borró, dejando el resto. Probó de reemplazarla con «esfera». Sintió, antes de que lo comprobara la razón (que, de hecho, no lo comprobó nunca), que esa pequeña modificación lo arreglaba todo, y no era necesario cambiar nada más.

Debería haberse recriminado el error inicial, pero fue al contrario. Sintió una tremenda satisfacción por haber empezado mal; corregirse aumentaba el placer del hallazgo. Y no era sólo una gratificación subjetiva, sino que el texto ganaba inmensamente por esa vuelta atrás. Si hubiera empezado con la esfera, le habría adjudicado los rasgos convencionales de una esfera, y habría resultado una banalidad. En cambio, al empezar con «superficie», y después cambiarla por «esfera», en un trueque puntual de palabras, sin modificar el contexto, la «esfera» se volvía extraña, novedosa, bastante inasible, y por lo tanto un buen objeto literario.

Fue la única corrección que hizo, porque a partir de ahí todo fluyó sin tropiezos, como si ese falso comienzo y esa corrección hubieran abierto un camino en el que ya no había vuelta atrás.

La esfera era realmente mágica. Lo notó al seguir escribiendo, ya compenetrado con ella. Pensar en una esfera, a condición de no pensar en otra cosa, es decir, no pensarle adornos o poblaciones o irregularidades, equivalía a ser pensado por la esfera. Su volumen, puro y compacto, iba en todas direcciones a la vez. Lo puso, y agregó, en tanto se lo permitió la medida del verso, que no «iba» sino que «estaba» en todas las direcciones, ocupándolas con su perfección ultrasimétrica. También en la escritura iba en todas direcciones, y no sólo hacia los versos que la precedían y la seguían, sino asimismo hacia la forma y el contenido, hacia las palabras y las ideas... Hacia Parménides y Perinola. Lo colmaba todo, o, mejor dicho, lo había colmado. Todo quedaba incluido, y no había más que decir. Pero de algún modo se podía seguir diciéndolo.

Por ejemplo, se podía decir que la esfera general no se movía. Le dedicó un verso a decirlo. No supo si ponerlo antes o después, así que lo puso en cualquier lado. La inmovilidad estaba implícita en la idea inicial, pero igual se lo podía decir (nadie se lo impedía). Con todo lo demás pasaría lo mismo. Se dio cuenta de que había entrado en el campo de la redundancia. Cualquier cosa que dijera ya habría sido dicha; la redundancia reemplazaba a la significación. Intuía que el discurso de la redundancia era el único que podía entender su patrón Parménides, el único que quería oír, porque era el único que se podía querer oír; lo no redundante nadie podía quererlo porque creaba el deseo y no podía estar precedido por éste.

La esfera no se movía porque no tenía dónde hacerlo. Tal como la había postulado, sin acompañamiento alguno, ocupaba todo el espacio, hasta identificarse con el espacio. Lo demás salía mecánicamente, tanto que pensó en dar un giro para

que comenzara una historia; por ejemplo, imaginar un salto dimensional, y que la esfera se volviera una bolita (de cristal) rodando por una ladera, y alzando la vista se vieran montañas, y grandes animales, y una ciudad fortificada en la cumbre más alta... Sintió entrar el aire en su mente, un viento que lo aligeraba. En ese paisaje su inspiración tendría campo libre para operar; la clausura abstracta de pura lógica que se había impuesto con la «esfera» y su producción automática no era lo que le convenía ni gustaba. Prefería lo inesperado, las sorpresas de la aventura, de la guerra, del amor. Y le gustaba haber empezado por el otro extremo, pues así podría hacer la deducción de lo concreto a partir de lo abstracto, y hacer en esa deducción el relato del nacimiento de la poesía. En un brinco instantáneo de la imaginación pudo ver el paisaje (las montañas, las megabestias, la ciudad entre las nubes) en toda la riqueza abigarrada de figuras y avatares que permite una visión de conjunto, aun a sabiendas de que cuando se lo dibuja línea por línea se empobrece.

Pero no llegó a dar el salto. La mecánica de la esfera (de lo abstracto) lo absorbía, por lo fácil que era. No podía parar de anotar los versos que le dictaba la obviedad, siempre de abajo hacia arriba; no había terminado de escribir un verso que ya sabía cuál era el anterior... Mejor así: lo que realmente quería escribir, los giros insólitos de la aventura y la belleza, los dejaría para después, para su propio libro... Fue la primera visión que tuvo, fugaz y deslumbrada por la pasión de quererlo, de lo que escribiría de verdad, cuando hubiera terminado con Parménides. ¿Cómo sería su libro? No lo sabía. Lo cegaba el deseo de escribirlo. Sería «hermoso, rico, emocionante». Sonrió, o habría sonreído si se hubiera detenido a pensarlo: estaba comportándose como Parménides. Quería un libro pero no sabía qué libro quería. Había hecho mal en burlarse de su amigo: todos los escritores hacían lo mismo, y gracias a ese punto ciego existían los libros.

A partir de ahí empezó a apurarse. Ya no quería más que terminar lo que había empezado, para poder empezar de verdad. Terminar con el simulacro. Al menos tenía la seguridad de que podía terminarlo. La velocidad que llevaba se lo estaba garantizando. Escribir para otro implicaba borrarse uno mismo como autor: malo para la vanidad, pero al menos rápido, como toda desaparición.

Pues bien, en ese vértigo que lo transportaba, seguía describiendo a la esfera. Si bien un poco atrevida, la imagen de la esfera como «todo» calzaba perfectamente, porque así se la podía inteligir como algo concreto, aun en el colmo de la abstracción, o más allá. Dentro de la esfera se establecía un continuo homogéneo que lo incluía todo, en consecuencia no tenía afuera. Las categorías de exterior e interior caían, o eran subsumidas en una anterioridad lógica. Bastaba pensar durante el tiempo suficiente, es decir, seguir pensando aun después de haber encontrado lo que se buscaba, para que la materia del pensamiento, las ideas, los conceptos, caducaran. Siguiendo esta dirección, y por puro gusto de las conclusiones absurdas, pero razonablemente absurdas, se demoró en la enumeración de las características de la esfera-todo. Salvo que no había características porque no había partes: no podía

haberlas ya que la menor diferencia habría quebrado la inmóvil homogeneidad en la que se efectuaba el Gran Equilibrio; la esfera no era divisible ni siquiera con la hoja afilada del cuchillo del análisis teórico.

Ya que estaba, fue más lejos. ¿De dónde había venido la esfera, cuándo había aparecido? Si lo incluía todo, y ese todo no tenía partes, no podía venir de otro lado. Se eliminaba el concepto del espacio, y junto con él quedaba eliminado el del tiempo. La esfera inmóvil siempre había estado ahí. El razonamiento no le pareció muy convincente, pero sonaba bien.

Retrocediendo verso a verso, había llegado a lo que debía ser el comienzo del poema. Y ahí, sin disminuir la velocidad de escritura, le vino una idea que puesta al principio anudaba todo. Era un juego de palabras, excesivamente obvio pero, por ese mismo exceso, sumamente eficaz: lo que es, es, y lo que no es, no es. De la primera parte no podía decir nada (¿qué iba a decir?), pero de la segunda sí, y hasta podía decirlo con cierta energía polémica. ¡Lo que no es, no es! ¿A quién se le pudo ocurrir que lo que no es sí es? ¡Absurdo! Se reía al escribirlo, poniéndose en el lugar del que lo dijera en serio y polemizara seriamente con alguien que lo contradijera. Nunca se había ido tan lejos en la invención de uno de esos interlocutores fantasmas a los que es fácil derrotar. Posesionado, siguió abrumándolo con argumentos contundentes: si uno pensaba algo, ese algo «era»: era un pensamiento. Luego, no se podía pensar en lo que no era, porque pensarlo bastaba para darle ser. Por ahí venía, mágicamente, el encadenamiento con la esfera y su continuo pleno, que ahora se volvía un continuo pleno... de ser. No quedaba nada entre lo que era, no había intersticios, porque lo que no era también era... Siguió un rato enlazando versos en esta línea, hasta que las palabras se le empezaron a mezclar en la cabeza y él mismo dejó de entender lo que escribía. Además, ya era suficiente.

Sin embargo, al considerar lo hecho notó que se había extendido sólo en la dirección del comienzo, a partir de la proposición de la esfera, que supuestamente debía ser el centro del poema. Para «redondear» (nunca mejor usada la metáfora) debía poner después de ese centro la otra mitad, una cantidad aproximadamente igual de versos. Como no había nada más que decir, repitió la deducción anterior, con otras palabras; de su trato con Parménides había aprendido que la gente nunca reconoce una idea igual que otra, si está expresada con palabras distintas; ni siquiera es necesario que las palabras sean distintas: basta con que estén dispuestas de otro modo en las frases.

Ahora sí: Fin. No iba a escribir más. Cuando todavía estaba inclinado sobre sus versos, y quizá todavía escribiendo el último, su esposa se le acercó y le habló. Salió como de un sueño, con una sonrisa boba, y le llevó un buen momento entender de qué se trataba. Lo sabía, pero se había olvidado por completo. Existían los olvidos defensivos, de «resistencia pasiva», y éste era uno, porque el blanco se había hecho sobre uno de esos compromisos ineludibles que le amargaban la vida: esa noche

había cena en la casa de sus suegros, gran reunión familiar, y se quedaban a dormir allá.

Pero su esposa no se lo estaba recordando, sino que le preguntaba si se proponía ir. En un primer momento lo tomó por una pregunta retórica, o una ironía, o una recriminación (para que dejara sus cosas y se preparara). ¿Cómo no iba a ir? ¿Acaso alguna vez había podido librarse de esas torturantes veladas, en las que siempre comía y bebía de más, de puro aburrido, y después pasaba dos días inutilizado y con dolor de cabeza? Pero ella se lo estaba preguntando en serio, y hasta parecía sugerir que una respuesta negativa no estaría fuera de lugar. Sin poder creer en su buena suerte, Perinola no encontró de primera intención las palabras, pero ella lo ayudó: no era necesario que fuera, si tenía trabajo que hacer, sus padres comprenderían... Ignoraba que ya había terminado; unos segundos más y él se habría levantado y habría guardado sus útiles... La suerte había querido que se demorara en la mesa, y sin cambiar el gesto. Se aferró a la excusa (sí, tenía muchísimo que hacer, y era urgentísimo), aunque no sin manifestar falsos escrúpulos: ¿ella podría hacer sola el camino, con los niños? ¡Eso no era ningún problema!, fue la respuesta: justamente, su hermano había estado esperando que cesara la lluvia y ahora la pasaba a buscar, con el carrito de los burros, de modo que en ese aspecto no había inconvenientes. Ya plenamente consustanciado con la oportunidad milagrosa, Perinola se puso a mentir con exuberancia: tenía una enorme cantidad de trabajo que hacer, apenas si empezaba, y el caprichoso e impaciente de Parménides quería tener un largo texto escrito y terminado para mañana sin falta... Se quejaba, adornando la fantasía: su patrón se pasaba años sin hacer nada, y de pronto lo quería todo, él estaba abrumado, tenía para toda la noche de trabajo, sería ideal si pudiera quedarse... ¡Ningún problema!, repetía ella, lo disculparía con los padres... Él se arriesgaba: igual podía hacerlo, claro que con un esfuerzo extra, no quería ofender a su familia política, su suegra se esmeraba tanto con la comida... claro que él no estaría en condiciones de disfrutarla, con la preocupación pendiente... Ella: ¡Por favor! El trabajo era más importante. Y ellos tampoco lo disfrutarían sabiendo que él se estaba sacrificando... Por una vez, el truco le salió bien. No tuvo que hacer casi nada, salvo asentir y estar de acuerdo y poner cara de tristeza. Cuando llegó el transporte salió a despedirlos, ayudó a subir a los chicos al carrito, charló un momento con el cuñado: lamentaba tanto perderse la cena, pero tenía un trabajo urgente que terminar... Y a la esposa, por puro gusto de verosimilizar: seguramente al día siguiente Parménides mandaría al esclavo gordito que venía siempre, a buscar el trabajo, él lo dejaría sobre la mesa, si estaba durmiendo tenían que entregárselo... Y al cuñado otra vez: qué se le iba a hacer, había que cuidar el empleo, los ricos eran así, cuando querían algo no aceptaban excusas... Antes de que partieran ya había vuelto a la mesa y puesto cara de intensa concentración, que no modificó hasta que los oyó alejarse y las voces se perdieron al fin.

Se sentía un poco culpable, pero en el fondo era una mentira inocente, al fin de cuentas tenía derecho a un poco de paz. Además, algo de la ficción se hizo realidad, porque escribió un poco más. En efecto, al sentarse a simular que seguía trabajando se puso a leer, y cuando lo hubo leído todo advirtió que faltaba algo. Ese disparatado cuento del «ser» y el «no ser», en razón de su clima exasperadamente abstracto, no funcionaba como tema, sino como prólogo a un tema; para darle sustancia había que ponerle a su vez un prólogo que funcionara como tema.

Con el movimiento adquirido se le hizo fácil esbozar en unos minutos treinta y dos versos, en los que un joven elegante montado en veloces yeguas (era la idea que podía hacerse Parménides de su lector) iba a ver a una indefinida Diosa de la sabiduría, y ésta le anunciaba las grandes verdades... del conocimiento.

Lo escribió sin pensar mucho, ya desconcentrándose aceleradamente. Al entusiasmo un tanto frenético que lo había acompañado durante la redacción sucedía, como anticlímax casi necesario, el desaliento y una vaga sensación de vergüenza. No, definitivamente no podía mostrarle eso a Parménides. Ni a nadie. Lo apiló, lo hizo a un lado, y levantó la vista. La realidad le volvía poco a poco. Era cierto que había dejado de llover; cuando un rato antes se lo había dicho su mujer, y él mismo habría podido confirmarlo al salir afuera a despedirlos, no lo había registrado, absorto en su maniobra de librarse de la cena. Ahora que lo registraba, recordaba que siempre lo hacía feliz que la lluvia cesara antes de la noche y hubiera un suplemento de día, como un regalo. De modo que era un buen motivo, si necesitaba otro más, para levantarse el ánimo.

Se puso de pie y dio unas vueltas por la casita, silenciosa sin los niños. Después salió, sin salir del silencio, que se prolongaba más allá de las paredes. El anticlímax proseguía, y se profundizaba. Por un instante se arrepintió de haber mentido y haber quedado excluido de la reunión familiar. Ahora estaba solo, sin nada que hacer, con una noche aburrida por delante.

No sólo había dejado de llover, sino que el cielo se había despejado, las nubes habían dejado a la vista un cielo celeste transparente y seguían alejándose, inofensivas, hacia el Oeste, donde el Sol poniente empezaba a colorearlas. La dulzura del aire, y unos trinos, bastaron para reconciliarlo con la soledad.

Después de todo, seguía siendo hora de su caminata de todas las tardes, y esta vez no tenía apuro por volver a ayudar con la comida. Podía ir a ver el mar, ¿quién se lo impedía?, y tomar algo en una taberna, y volver a cualquier hora. ¿Por qué no, realmente? Era un esclavo de la costumbre.

Era la hora azul. Durante la caminata Perinola había visto cómo el cielo terminaba de despejarse y la lluvia se volvía un recuerdo. Las últimas nubes, antes de hundirse bajo el horizonte junto con el sol, llenaron la atmósfera de reflejos dorados y rosa. El celeste de la cúpula se destiñó un momento y después empezó a oscurecerse hasta llegar a un azul profundo, iluminado por dentro, que no era ni día ni noche. La hora azul era su hora favorita, no habría podido decir por qué. Quizá porque era la hora del tiempo, no del tiempo amenazante e implacable sino del que se ofrecía y pasaba y no era ni antes ni después, ni promesa ni nostalgia. O quizá porque se repetía todos los días cuando le llegaba su turno, pero a la vez no todos los días sino solamente algunos, que se volvían días memorables. O quizá lo que le gustaba era ese color azul, nada más.

El paseo lo había llevado lejos, aunque recorriendo un arco que lo devolvía al punto de la costa más cercano a su casa. Al llegar ahí recordó que no era necesario que volviera todavía: nadie lo esperaba ni tenía nada que hacer y la hora azul duraba. Así que volvió a alejarse. A sus pies se extendía la superficie del mar, hecha de picos trémulos, grises y con diminutos derrames de espuma blanca. Subió por los riscos para dirigir una última mirada a las olas que rompían contra las peñas, y después tomó por uno de los senderos de la ciudad.

El paisaje familiar no había presentado obstáculos para que su pensamiento vagara por mil laberintos de fantasía. Dejaba caer en el olvido cada idea o sensación que le pasaba por la cabeza, y el movimiento de abandonarlas hacía subir otras. Era un descanso prodigioso, una verdadera vacación de poeta. Igual que el cielo, o siguiendo su proceso, por simpatía, su mente se vació de palabras, dejó ver su fondo transparente, se coloreó con reflejos lejanos, y después tuvo su propia hora azul.

Dentro del olvido había algo como un recuerdo. Toda la caminata había estado sobrevolada por la sensación placentera de haber escrito, mezclada con la gratificación un tanto infantil de que le hubiera salido bien el truco para evitar la cena en lo de los suegros. Con la caída de la noche y la necesidad de buscarle un final al paseo, la sensación se fundió en el agradable cansancio físico, y emergió a la conciencia.

Haber escrito contenía la promesa de escribir más. Ya no se acordaba de lo que había escrito un par de horas antes; no quería acordarse, lo había borrado, seguramente por buenos motivos (tampoco quería pensar en ellos) porque debían de haber sido tonterías, la famosa «cualquier cosa» que antes de definirse lo prometía todo, y una vez que quedaba registrada era tan decepcionante. Pero sí tenía presente, en todo el cuerpo, como un souvenir precioso, la sensación de escribir. Tuvo un movimiento de simpatía hacia Parménides: gracias a él, usándolo como excusa, había escrito. «Si Parménides no existiera, tendría que inventarlo», se dijo. Todos los poetas deberían tener su Parménides. Quizá el problema de los escritores era que siempre

querían hacerlo bien, siempre querían escribir «en serio», y podían pasarse la vida sin empezar, tan abrumadora se presentaba la exigencia de expresar su verdad. Escribir para otro y en nombre de otro los descargaba de toda responsabilidad, y la inspiración levantaba vuelo como un ave, hacia cielos vacíos... Tan vacíos que podía atravesar sus umbrales invisibles sin encontrar obstáculos y pasar de la región del «otro» a la de «uno mismo», de la «tontería» a la «poesía», sin abandonar el espacio libre de «cualquier cosa».

De pronto podía ver la coherencia que había regido su larga aventura de «colaboración» con Parménides, como una fábula de iniciación. La amistad, el cariño que se había creado entre ellos dos, también caía en su lugar. Gracias a la amistad los tiempos larguísimos de maduración que exigía «cualquier cosa» se habían hecho llevaderos, y se habían respetado. Porque un poeta, para llegar a la poesía, debía atravesar el universo entero, su innumerable caos iluminado. Ahí había venido a punto la obstinada ignorancia de Parménides de lo que quería.

Ahora era el turno de Perinola de ignorarlo. Él tampoco sabía lo que quería escribir. Pero ignorarlo, y hacer carne esa ignorancia como deseo, ya era saberlo. Porque Perinola no transfería el deseo, sino que lo volvía hacia sí mismo, como un faro poderoso... Esa luz ya era el poema, el suyo, el de los castillos y las montañas y los mares y las bestias fabulosas y las ninfas...

El proceso ya estaba operando, con una fuerza insólita. Una sonrisa boba se dibujó en su rostro, una mueca que no expresaba el tumulto casi extático de su interior. A partir de ese momento, todo podía servir. Lo más pequeño, lo más insignificante, podía volverse signo, y el signo poesía.

Y era fácil. Sobre todo era fácil, facilísimo. La naturaleza entera se ponía de su parte, su vida, lo particular, lo concreto. El ritmo de su aliento, los latidos de su corazón. Se hacía solo.

Ya no necesitaba preguntarse, como lo había estado haciendo hasta ahora, qué estaba esperando. La pregunta quedaba a cargo de la posteridad. Al abrazar a la humanidad futura, en una exaltación del presente, Perinola ponía también al tiempo de su parte. Y más allá de estas especulaciones líricas, debía recordar que ya iba para los cuarenta años: era hora de ponerse a hacer algo en serio. (La subordinación a su amigo rico había preservado en él un costado infantil, que le sería muy útil a la hora de escribir.)

En fin. Quizá éstos no fueron los pensamientos que tuvo al final de ese día tan importante en su vida. ¿Quién puede decir qué pensó otro, si decir lo que pensó uno ya es tan difícil? Lo más que se puede hacer es reconstruir el pensamiento a partir de los hechos posteriores, siempre y cuando los hechos hayan quedado registrados. Claro que la reconstrucción se basa en el supuesto de que los hechos obedecieron a las intenciones formuladas en el pensamiento anterior, lo que siempre es dudoso y sujeto a accidentes. Y el registro de los hechos es por definición lacunar y ambiguo. Tratándose de un escritor, los «hechos» y el «registro» son la misma cosa, con lo que

se evita el inconveniente de lo incompleto, pero se agiganta el de la ambigüedad. La reconstrucción de los pensamientos pertenece al orden de la ficción, aunque a ésta habría que quitarle, en este caso, sus connotaciones de invención caprichosa y verla más bien como una clase especial de trabajo filológico.

El poema de Perinola, el suyo, no la sarta de disparates que había escrito «para Parménides», el poema del que estaba lleno en ese momento, «diría» todos sus pensamientos, hasta los que no había pensado. No sólo los pensamientos en sí, sino su encadenamiento, sus transformaciones, sus blancos. Y como los pensamientos son suscitados por lo que pasa, el poema diría también, para el que lo leyera con atención, todo lo que había pasado, y las causas de que pasara, y las causas anteriores, los mecanismos del mundo entero, en una escalada que terminaría abarcándolo todo.

O quizá no. Quizá diría otras cosas, que quedarán siempre en el misterio. Nunca lo sabremos, porque no escribió su poema. No por falta de ganas, sino porque la triste fatalidad se lo impidió.

De pronto, se había metido en la taberna Afrodita, sin pensar. Lo pensó a posteriori, justificándose: ¿por qué no podía ceder a un impulso, por una vez? ¿Por qué tenía que justificarse? Nadie lo esperaba en casa, daba lo mismo que llegara una hora antes o después. Ir a encerrarse tan temprano, solo, podía ser deprimente. Más le valía llegar tarde, directamente a dormir.

El lugar era grande y ruidoso. Lo abarcó con la mirada desde la puerta, que estaba a un nivel ligeramente elevado respecto del piso. Había muchísima gente y ruido, y era necesario adaptar los pulmones a la atmósfera cargada, además de acomodar la visión a la masa confusa de hombres gesticulantes y brillos oscuros. La única iluminación provenía de un monstruoso velador de aceite que representaba un toro de cabeza coronada, en tamaño natural; era de alabastro, y debía de haber sido adorno de un palacio antiguo; ahora estaba roto, remendado con cerámica, con patas de mesa reemplazando las suyas que había perdido, y agujeros por los que salían rayos de la luz dorada de la llama. Bajó mirando dónde ponía los pies, y empezó a abrirse paso entre las mesas. Su entrada no había llamado la atención, hecho que terminó de decidirlo a quedarse y disfrutar de la velada. No se proponía nada especial: tomar un poco de vino, charlar un rato, y después irse a dormir tan tranquilo.

Se admiraba de la cantidad de comensales y bebedores. No había huecos. Se notaba que disfrutaban de la contigüidad, y de ser tantos como para llenar la taberna en toda su extensión. Para él, padre de familia y de horarios diurnos, era una visión nueva; de día la gente andaba dispersa, cada uno en lo suyo. Quizá todas las noches se producían las mismas reuniones, pero entonces existían hábitos que él ignoraba, y hombres que se hacían menos problemas que él para dejar a su mujer en casa y salir a festejar con los amigos.

Fue a buscar un jarro de vino, y le agregó agua en abundancia. Se sentó en la punta de una mesa larga ocupada por un grupo que vociferaba y se reía. Sonrió a

derecha e izquierda, a la vez que llenaba las tazas de sus vecinos, que brindaron y bebieron; él también lo hizo, y de inmediato tuvo una sístole de adaptación.

Como el coloquio en la mesa no necesitaba de su participación, se echó hacia atrás, cruzó las piernas, y miró a su alrededor. Los presentes eran todos hombres, aunque también parecía haber algunas mujeres. El ruido era tan fuerte que no oía a la orquestita que veía en acción en el otro extremo. Por momentos sí la oía.

En la agradable penumbra resaltaban ojos achispados, barbas y pelambres erizadas, humo y olores. Había perros por todas partes, corrían, se deslizaban entre las piernas, asomaban una cabezota bestial por el borde de una mesa, oliendo, ansiosos, pidiendo un mendrugo, después volvían a sumarse a las carreras.

Se entretuvo mirando cómo unos niños de ambos sexos, seguramente hijos del patrón, colgaban farolitos de un cordel tendido entre dos cornisas. Para alcanzarlo debían subirse a las mesas, lo que era motivo de risas y gritos. Cuando las pequeñas luminarias temblonas estuvieron todas colgadas, las sombras se multiplicaron y adquirieron nuevos movimientos.

¿Qué habría sido antes ese lugar? Las columnas que subsistían, carcomidas, las bóvedas entrelazadas, los restos de pórticos y arcos, todo negro por la acción secular del humo, indicaban que podía haber sido un templo, quizá un palacio, una arqueología recuperada para uso del público, quizá después de un terremoto. La taberna estaba semienterrada, a unos metros bajo el nivel de la calle. Pero daba la impresión de que no la habían cavado, sino que el terreno había subido alrededor.

Al saltar los niños de las mesas a las que se habían subido, y volver corriendo hacia el fondo, los perros se enloquecieron y corrieron también. Fue como si cruzara toda la taberna una marejada que después refluyó en forma de sonido: las voces se multiplicaban, subían de tono, encontraban nuevos temas.

Empezó a infiltrarse por los bordes de su conciencia el sentido de las palabras que sonaban a su alrededor. En la mesa a la que estaba sentado se hablaba a gritos, lo mismo que en la que tenía a su espalda, las oía a las dos a la vez, y quizá algunas otras más lejanas también, quizá a todas, en una fragmentación que a la vez era un continuo entrelazado.

Aunque apenas había tomado unos sorbos de vino, ya le había hecho efecto, por la falta de costumbre. A pesar de lo cual, y del griterío, en ese momento comprendió por qué había tanta gente. Eran los cabreros de la montaña; los reconoció por los sombreros altos hechos de caracolitos pegados con musgo; habían bajado al mercado anual, y estaban haciendo una sociabilidad para la que acumulaban ganas durante meses. Era por eso que todos hablaban tanto y tenían tanto que decir. Cansados de las alturas en que vivían, las profundidades de la taberna Afrodita (si bien modestas: una decena de escalones) les parecían altamente civilizadas, y todo ese juego de luces y sombras, música y gentío, voces humanas, los resarcían del silencio y la soledad. Para ellos no era una cacofonía, sino una especie de fiesta.

A partir del momento en que supo el motivo de la muchedumbre, y de quiénes se trataba, empezó a entender las palabras. Al principio también parecían fragmentadas y poliédricas, pero no tardó en comprender que esa gente primitiva hablaba en fórmulas; más que hablar repetían (como ecos: otro hábito de las montañas), soltaban a los gritos frases que no sabían que consistían de palabras. El primitivismo explicaba también el volumen. Para hablar en voz baja se necesitaba una cierta educación y una larga práctica. Era lo mismo que pasaba con la natación: el principiante tenía que nadar rápido, a toda velocidad, y sólo el nadador experto podía hacerlo lento.

¿Y de qué hablaban? La pregunta estaba de más. ¿De qué iba a ser sino de los asuntos que interesaban al vulgo? En primer lugar, de luchadores. Se resistió a creerlo durante un momento, dudó de sus oídos, tan remoto de los pastores cerriles le parecía ese espectáculo urbano, y la mitología que lo acompañaba. Pero sí, era eso. Estaban enterados, actualizados, y cada uno tenía una opinión más fuerte que la del otro. Todos querían imponer su erudición en la materia, y proclamaban nombres y fechas y ocasiones. Los viejos hacían callar a los jóvenes con el argumento, definitivo según ellos, de que las figuras actuales de la lucha no podían compararse con los viejos astros, los que venían de Juegos legendarios en los que participaban toros, delfines, caballos y gigantes. Los razonables los trataban de alucinados y afirmaban que hoy día las técnicas se habían perfeccionado tanto que un luchador antiguo no tendría defensas contra uno moderno. Claro que ¿cómo comprobarlo?

Y así seguían. Podía volverse un tanto aburrido para el no apasionado, eso Perinola ya lo había comprobado en otras inmersiones en el ambiente popular, pero por suerte aparecían otros temas intercalados, que si bien también eran previsibles, por lo menos eran otros y daban lugar a otras visiones. Por ejemplo, el remanido tema de los fantasmas. De pronto todos estaban hablando de fantasmas. ¿Existían o no existían? Media humanidad opinaba que sí, la otra media que no, y nunca se iban a encontrar en un terreno común. Los fantasmas venían a cuento del imposible enfrentamiento entre luchadores vivos y muertos. Las fórmulas que se lanzaban a la cara, al máximo volumen de sus pulmones acostumbrados a llamar a las cabras de un valle a otro, eran del tipo: «¡Nadie vive cien años!», «¡Los muertos duermen menos que los vivos!», «¡El que tiene miedo, que no luche!». No respondían a nada, ni se las podía responder con nada, pero ¿qué sabían de lógica esos brutos? Los luchadores, en efecto, dormían muchísimo, sus entrenadores los estaban mandando siempre a la cama, a reponer el desgaste que provocaba cada combate, y a lo largo de la carrera el hábito se les hacía carne; de algunos se decía que dormían hasta veinte horas por día. Si estos superhombres representaban la vida en su forma más positiva, entonces tenía cierta consistencia poética decir que los muertos sufrían de un insomnio perpetuo. A un fantasma se lo podía invocar a cualquier hora. En cuanto al miedo, sentimiento que los aficionados tenían tan en cuenta al evaluar las condiciones de un atleta, había que preguntarse, pensaba Perinola, si era un efecto o una causa de los fantasmas, o en todo caso cuál venía primero.

Había una historia sobre un luchador bígamo, una historia que venía de mucho tiempo atrás (Perinola la había oído en la infancia) y que todos sabían, pero que se seguía contando y discutiendo. Se trataba de un luchador que dormía tanto que su esposa lo dio por muerto, y para mantener el hogar, que de otro modo se habría sumido en la miseria, hacía pasar a los admiradores de su marido a contemplarlo, en la gloria del sueño, mediante pago de una moneda. Lo que ella no sabía era que su marido tenía otra esposa, en otra ciudad (a la que lo llevaban con frecuencia los Juegos), y la otra también había notado que dormía mucho; con un temperamento distinto al de la primera, esta segunda mujer del bígamo lo obligaba a mantenerse despierto, a ocuparse de la casa y los niños, cosa que él hacía con bastante habilidad.

Tener dos mujeres obliga a muchas mentiras, a muchas maniobras delicadas, sobre todo a muchas manipulaciones de horarios, habilidades un poco por encima de la limitada capacidad mental de alguien tan poco pensante como un luchador. A éste, el Destino le simplificó la tarea: una de las mujeres murió (las versiones diferían acerca de cuál de ellas). La muerta, por haber sido un ama de casa y madre muy dedicada, volvió como fantasma a ocuparse de la casa y los niños: todo estaba limpio y ordenado, nadie sabía cómo, la comida en la mesa a su hora, el patio barrido, la ropa tejida y lavada. La gente iba a admirar la Casa Perfecta de la fantasma, y hacían cola al lado de los que iban a admirar al campeón inerte.

La fantasía popular, que nunca se queda corta para inventar a partir del menor estímulo (y aquí el estímulo no era menor), dio en bordar una historia sobre el fantasma del luchador invencible, que en la muerte se adelantaba al tiempo, aprendía en el futuro las nuevas técnicas de traba y arrastre, y volvía, vivo, a aplicarlas, obteniendo toda la ventaja que le daba la ignorancia de sus primitivos rivales. Ya fuera sugestión, ya una treta bien orquestada, el luchador se volvió realmente invencible. Les dio infinitas satisfacciones a sus seguidores. Vencía con una facilidad asombrosa. Pero debía dormir cada vez más, tanto que ya no asistía a los Juegos, y había que ir a admirarlo en la cama.

Nuevas vueltas de tuerca, nuevas invenciones inconexas, que se conectaban a pesar de todo, seguían dándole emoción a la historia.

La intención original de Perinola había sido tomar algo y marcharse, pero se tentó con la comida, y además tenía a su disposición los argumentos que había empleado para entrar: nadie lo esperaba, era libre, si no gozaba de los pequeños placeres de la vida que se le ofrecían al pasar, nadie los gozaría por él.

Con cierta ligereza, se dijo: «A nadie le ha hecho mal comer». Claro que él, que no asistía a banquetes, ni viajaba, estaba tan habituado a la comida casera que había una alta probabilidad de que cualquier otra le cayera mal.

Lo que le sirvieron (no había muchas opciones) fue un huevo de pato. Un poco alterado por el vino que había tomado, y el que tomó para darse ánimos ante el manjar, vio brillar el huevo en un rojo encendido, como un sol en el horizonte. Esto, que podía parecer un delirio más, era una simple realidad. El huevo de pato se volvía

rojo en la cocción por un proceso químico. La purpurina del embrión se difundía por el medio hialino en un rosa que el calor acentuaba hasta el carmesí más vívido. (A diferencia de las gallinas, las patas no ovulaban si no habían sido fecundadas.)

Lo engulló en un segundo, y lo bajó con vino. No había terminado de tragarlo cuando empezó a sentirse mal. Se arrepintió de haber comido ese veneno, pero ya era tarde. En realidad el huevo, y los ingredientes con los que se lo había preparado, eran perfectamente inofensivos. Lo que lo alteró fue el vino. Se había propuesto tomar poco, y quizá lo hizo; pero a veces poco era peor que mucho.

Mientras tanto, las conversaciones habían seguido a todo dar. La hora que avanzaba no disminuía la animación en la taberna. Las conversaciones habían subido de volumen, pese a lo cual la música ahora se hacía oír, porque la orquesta había incorporado instrumentos: trompetas, flautas, y una especie de cascabeles que mantenían un ritmo constante de chasquidos cristalinos. A Perinola se le mezclaban la visión y el oído; todo ondulaba por igual. Una profusa capa de sudor grasoso le cubría el rostro. De vez en cuando soltaba una risa, que también habría podido pasar por una tos; pero cada vez más exhausta. La historia del dormilón llegaba a su fin.

Era el presente. Al entrar en la taberna Afrodita, Perinola había entrado en el presente, a sabiendas. ¿Qué otro motivo habría tenido para entrar? Había bajado allí huyendo de las acumulaciones rutinarias de tiempo, en busca de un presente que resistiera. Ahora advertía (en la medida en que su estado de aturdimiento le permitía advertir algo) que el presente podía llegar a resistir demasiado, a hacerse intratable.

Quizá así debía ser. Después de todo, él no se había propuesto violar al presente, penetrarlo, o dominarlo; en todo caso, había aspirado a ponerlo de su parte. Pero ¿cómo poner de su parte a una fiera turbulenta que soltaba rugidos incomprensibles y escapaba en todas direcciones? En un último intento de pensar, se dijo: El presente crece...

En realidad lo que crecía dentro de él era un fenomenal disturbio visceral, efecto de la comida y la bebida, que no tardó en ponerlo del otro lado. A partir de ahí, no supo más lo que le pasó. Ni siquiera su fantasma habría podido contarle (si hubiera vuelto). Alguien lo sacó por la puerta trasera a dormir la mona en soledad, previo despojarlo del dinero que llevaba encima; fue para disimular este robo que lo llevaron al establo, de otro modo lo habrían dejado tirado debajo de la mesa donde cayó. De modo que lo que sucedió después ya no tuvo testigos. Pero no fueron necesarios porque es fácil deducir lo que pasó: un caballo suelto, inquieto por el encierro al que no estaba acostumbrado, empezó a pararse sobre las patas traseras, para dejar caer las delanteras con fuerza, en señal de impaciencia. En una de esas piruetas, que tenían algo de baile fosforescente en la oscuridad (era un caballo blanco), le acertó a la cabeza de Perinola, y se la reventó como un melón maduro.

10 de diciembre de 2004

